

Jazmín®

Un futuro distinto

Barbara McMahon



NUEVAS FAMILIAS

Un Futuro Distinto

Barbara McMahon

1º Nuevas Familias
Un Futuro Distinto (01.02.2006)
Título Original: Their Pregnancy Bombshell (2005) **Serie: 1º Nuevas Familias**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2010
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matt Tucker y Sara Simpson

Argumento:

Empezaba a disfrutar de su soledad... cuando descubrió que se había quedado embarazada.

Su única hija acababa de casarse y ahora, a sus casi cuarenta años, Sara Simpson estaba a punto de celebrar… su propio matrimonio. Criar sola a su hija había resultado muy difícil, pero su nueva filosofía de vivir las cosas al máximo la empujó a celebrar un matrimonio relámpago.

Tenía la intención de disfrutar de la vida y viajar un poco con su flamante esposo para disfrutar de la libertad… pero resultó que se había quedado embarazada en la noche de bodas...

CAPÍTULO 1

—ADIÓS, ¡que seáis felices! —se despidió Sara Simpson mientras el coche, lleno de latas, se perdía por el camino.

Algún amigo había escrito «Recién casados» en la ventanilla con espuma de afeitar.

Otro había pintado un Cupido con corazoncitos. Otro había atado un lazo de raso blanco en la antena...

Sara, con el corazón encogido, se quedó mirando hasta que el coche desapareció.

Todo había sido tan rápido...

Jimmy acababa de volver a casa después de un año destinado en una base europea del ejército. Amber y él le habían dicho la semana anterior que iban a casarse y ya estaba hecho. Su hija estaba casada y viviendo con un hombre que sólo iba a estar un mes en Estados Unidos antes de volver a Europa para esperar destino.

La ceremonia había sido muy sencilla, en uno de los mejores hoteles de Lake Tahoe, con un grupo de parientes y amigos íntimos.

—Una boda preciosa, ¿verdad? —sonrió una de sus amigas, abrazándola.

Sara asintió, no muy convencida.

—A mí me siguen pareciendo un par de críos —suspiró Virginia Woodworth. La madre del novio no parecía más contenta que ella.

—Es que son un par de críos. Amber sólo tiene diecinueve años —asintió Sara, intentando disimular un escalofrío. Hacía sol, pero la temperatura seguía siendo heladora. Lake Tahoe, un paraíso para los esquiadores y un sitio ideal para celebrar bodas, estaba cubierto de nieve.

—Jimmy tiene veintiún años y lleva ya dos en el ejército. Con el dinero que ha ganado, cuando se licencie podrá pagarse la universidad —dijo Virginia, poniéndose el abrigo.

Si iba a la universidad, pensó Sara. No iba a criticar al hijo de Virginia, naturalmente.

Pero Jimmy nunca le había parecido un chico ambicioso.

A Amber no le gustó que se alistara en el ejército y menos que lo destinaran en una base europea, pero la relación se mantuvo a pesar de todo.

Sara no sabía si estaban cometiendo un error. Muchas parejas se casaban jóvenes y acababan celebrando las bodas de oro... pero le habría gustado que esperasen un poco. Su hija estaba en la universidad y esperaba que terminase la carrera y no lo dejara todo para irse a vivir a Alemania.

Le habría gustado que esperasen al menos un año antes de hacer nada. Pero eran mayores de edad y, a pesar de sus recomendaciones, no quisieron reconsiderar su impetuosa decisión.

Ella también se había casado muy joven, a los dieciocho años. Y su matrimonio no fue precisamente modélico. Su ex marido y ella eran novios desde el instituto, como Jimmy y su hija. Pero Bill se había marchado de casa cuando Amber tenía tres meses.

Sus padres le habían dado la espalda cuando decidió casarse y los padres de Bill tampoco fueron ninguna ayuda. Sola, sin trabajo y con una niña que mantener, Sara tuvo que crecer muy rápido. Aquellos primeros años fueron terriblemente difíciles.

Pero todo había valido la pena. Amber era la niña de sus ojos.

—Ojalá siguieran siendo unos críos, pero ahora son adultos y han decidido embarcarse en una vida en común. Cuando terminen sus estudios, el mundo estará a sus pies.

—Pero podrían haber esperado protestó Virginia. —Sí, es verdad, pero no lo han hecho.

Son jóvenes, están enamorados y llevan años saliendo juntos —replicó Sara.

Podría haber dicho que fue Jimmy el que insistió en la boda, pero se contuvo. No tenía sentido ponerse a mal con los padres de su yerno.

—Déjalo, Virginia —intervino James Woodworth, el padre—. El chico sabe lo que hace.

¿Vuelves a San Francisco, Sara?

James Woodworth era un hombre que dirigía su familia sin admitir intromisiones y Sara nunca se había encontrado cómoda con él, aunque intentaba mostrarse amable.

Pero esperaba que Jimmy no intentase controlar a Amber de esa forma porque estaba segura de que su hija no lo toleraría.

Sara disfrutaba de su independencia y Virginia, en cambio, hacía lo que le ordenaba su marido. Pertenecían a generaciones diferentes.

—Voy a quedarme unos días aquí. Tengo una semana de vacaciones.

Estaban en febrero y sus clientes ya habían empezado a hacer la declaración de Hacienda. Pronto tendría que trabajar doce horas diarias, de modo que lo mejor sería disfrutar mientras fuera posible.

Sara se despidió de los Woodworth y miró alrededor. Sus amigos y los amigos de los novios se habían ido. Estaba sola.

—Será mejor que te acostumbres —murmuró, sintiéndose un poco rara.

Aquello se llamaba "síndrome del nido vacío" o algo así. Lo había leído en alguna parte. Sara tuvo que contener una risita. Ella estaba encantada. Por primera vez en diecinueve años era libre. Podía ir a cualquier sitio y hacer lo que quisiera. Podía comer chocolate sin temor a dar mal ejemplo, levantarse tarde, acostarse a las tantas...

Podía viajar. Explorar la península de Yucatán, ir a Alaska, bajar por el río Mississippi o incluso ir a París.

—¡Vivan los nidos vacíos! —exclamó, volviéndose para entrar en el casino que ocupaba la planta baja del hotel.

Amber y Jimmy habían decidido pasar su luna de miel en California, pero ella pensaba pasar sus vacaciones allí, en Lake Tahoe, Nevada, donde había casinos y espectáculos y toda clase de diversiones, incluyendo el precioso lago.

Una pena que nunca hubiera aprendido a esquiar. Aparentemente, la mitad de los clientes del hotel eran esquiadores, todos jóvenes y llenos de energía.

Quizá podría intentarlo, pensó. Tenía treinta y ocho años y se sentía tan llena de energía como una cría de diecisiete. Por fin iba a poder extender sus alas y estaba deseando hacerlo.

Pero no aquel día. Había decidido pasar el resto del día en el spa del hotel. Primero un masaje, luego una limpieza de cutis, un buen corte de pelo... Pensaba disfrutar del auténtico lujo antes de volver a su vida normal.

Mientras atravesaba el vestíbulo del hotel para llegar a los ascensores, observó a la gente. A la izquierda había maquinas tragaperras, a la derecha enormes mesas de juego.

Sara observó a una señora mayor jugando en una de las máquinas con un entusiasmo contagioso. Ella no jugaba. Le había

costado mucho ahorrar dinero y no quería perderlo tontamente. Todo el mundo sabía que la casa siempre tiene las de ganar…

Iba tan distraída que tropezó con alguien. Avergonzada, vio un montón de monedas rodando por el suelo enmoquetado…

—Ay, lo siento… —empezó decir, inclinándose para recogerlas.

—No pasa nada —oyó una voz masculina.

—Lo siento, de verdad, no le había visto.

—Yo creo que ya está —dijo él, ayudándola a incorporarse.

Sara lo miró y, por un momento, se quedó sin aliento. "Qué pedazo de hombre", pensó, alegrándose de que sus hormonas no se hubieran quedado permanentemente atrofiadas.

—Parece que iba a alguna parte —dijo el hombre—. Va muy elegante.

La mayoría de la gente en el casino llevaba ropa informal. Él, con unos pantalones de pana negros y una camisa blanca, también. Por supuesto, pensó Sara, los pantalones y la camisa le quedaban de maravilla.

¿Dónde había estado aquel pedazo de hombre cuando ella estaba disponible?

—Vengo de una boda.

—No la suya, supongo.

—No, la de mi hija.

El hombre pareció sorprendido.

—¿Su hija? No la creo. No puede tener una hija en edad de casarse.

¿Estaba coqueteando con ella?, se preguntó Sara. Habían pasado siglos desde la última vez que tonteó con alguien. ¿Se acordaría de cómo hacerlo?

—Me casé muy joven —sonrió.

—De Kentucky.

—¿Kentucky? ¿Qué quiere decir?

—Evidentemente, se casó usted a los doce años. He oído que en Kentucky la gente se casa a esa edad.

Sara soltó una carcajada. Estaba tonteando con ella. Y era estupendo.

—Bueno, no pienso decirle mi edad, pero mi hija también se ha casado muy joven.

—Lo sabía, se ha casado a los doce años.

—¡No! Tiene diecinueve.

El hombre la tomó del brazo para apartarla del pasillo y Sara sintió como un cosquilleo.

—¿Tiene más hijos?

—No, sólo una.

—Y no tiene marido —dijo él, mirando su mano.

—No tengo marido.

—¿Está libre para cenar?

—¿Qué?

¿Le estaba pidiendo que cenaran juntos? Pero si no sabía ni su nombre.

—Es lo menos que puede hacer después de tirar todas mis monedas.

Ella miró el vaso de plástico que llevaba en la mano. Estaba medio lleno... de monedas de diez céntimos.

—Ya veo que se juega una fortuna —bromeó.

—Vaya hombre, me ha pillado. Pero prometo gastarme un poco más en la cena —rió él.

Era una tentación. Normalmente, jamás se le ocurriría decir que sí, pero, ¿no acababa de prometerse a sí misma que iba a pasarlo bien ahora que no tenía la responsabilidad de cuidar de su hija? Aun así, contestó:

—No sé si debo.

—No nos conocemos, ya lo sé, pero es sólo una cena. Venga conmigo mientras pruebo suerte en otra máquina. Hablaremos y para la hora de la cena lo sabrá todo sobre mí.

—Lo siento, es que iba al spa...

—Ah, una mujer que disfruta de placeres sibaritas. Un masaje, ¿verdad?

Un masaje, sí. Pero sonaba demasiado íntimo en labios de un extraño.

Sara asintió. Si sugería que él podría darle uno mejor lo dejaría plantado allí mismo.

—Un masaje relajante, seguramente justo lo que la madre de la novia necesita. Nos veremos aquí a las ocho. No llegue tarde.

—No he dicho que sí —protestó Sara.

—¿Tiene otros planes?

Ella negó con la cabeza.

—Pero…

—Nada de excusas. Nos vemos aquí a las ocho.

Sara se quedó donde estaba mientras lo veía desaparecer entre la gente. Era más alto que la mayoría, pero lo perdió al doblar una esquina.

Sacudiendo la cabeza, siguió hacia los ascensores… mirando con cuidado para no chocarse con nadie más.

No sabía su nombre. ¿Cómo iba a cenar con un completo extraño?

¿Cómo no iba a hacerlo con lo guapo que era? Por primera vez en siglos, Sara se sentía joven y llena de emoción. El extraño parecía interesado en ella, además. Cenar juntos podría ser divertido. "Vive un poco", se dijo a sí misma.

Matt Tucker se alejó sin mirar atrás, aunque tuvo la tentación. ¿Quién era aquella mujer? Guapa, pero nada acostumbrada a los casinos, evidentemente.

Mejor. Él raramente perdía el tiempo jugando. Y sólo lo hacía para pasar el rato porque su socio, Dex, estaba esquiando en aquel momento. Matt tenía mucho tiempo libre y no le importaba perder algo de dinero. No mucho, claro, de ahí las monedas de diez céntimos.

No parecía posible que aquella mujer tuviera una hija de diecinueve años, pensó, mientras le daba el cambio a la cajera. ¿Importaba? Él había ido a Tahoe a descansar después del último viaje a Europa. El día anterior, Dex y él estuvieron esquiando todo el día, por eso se había quedado en el hotel, para trabajar un poco en Internet.

Llevaba dos semanas fuera de la oficina y no podía dejar que se le apilara el trabajo.

¿Cenaría con él?, se preguntó. Había dicho que no tenía marido, pero eso no significaba que no saliera con alguien.

Pero no era nada especial, se dijo a sí mismo, buscándola con la mirada. Aunque sus ojos de color azul oscuro lo hicieran pensar en el mar Egeo después de una tormenta.

Aunque su complexión, tan clara, y su pelo rojizo le recordasen a un setter irlandés.

Y tenía una figura de ensueño. Le gustaba su risa, cómo le brillaban los ojos. Todo.

Cenar con una mujer guapa sería mejor que escuchar a Dex protestando por las colas del telesilla. ¿Esquiaría ella?

¿La madre de una chica de diecinueve años tendría tiempo para esquiar?

Él nunca había salido con una mujer que tuviera hijos. No se le daban bien los niños y no estaba interesado en una mujer que quisiera casarse. Pero ella no parecía de ésas, especialmente ahora que su hija había volado del nido. Además, no creía que se hubiera casado a los doce años.

Aunque la edad no importaba. Disfrutaría de la cena, sin ataduras. Sólo era una cena, se dijo.

Un par de horas jugando en las máquinas tragaperras y averiguaría si la misteriosa mujer acudía a la cita, pensó.

Mientras estaba en el spa, Sara se olvidó de Amber y de Jimmy. Sólo podía pensar en el misterioso extraño que la había invitado a cenar. Era tan guapo, tal alto, con el pelo oscuro un poquito demasiado largo. Parecía estar en forma y tenía unos músculos a los que ella ya no estaba acostumbrada. Parecía un hombre tranquilo, pero tenía un aire de autoridad que no le había pasado desapercibido.

Era muy atractivo, muy sexy. O sea, que no estaba a su alcance.

Sara apenas había salido con hombres en aquellos años. No sabía cómo coquetear y seguía sintiéndose tan insegura como cuando su marido la dejó. Bill y ella habían sido novios desde el instituto y siempre pensó que estarían juntos toda la vida.

Pero sus padres habían tenido razón. Cuando Bill la dejó, le dijeron que se lo habían advertido y, por lo tanto, tendría que arreglárselas sola. Ni siquiera el nacimiento de su nieta los ablandó.

Cinco años atrás, Sara se enteró de que estaban viviendo en Arizona. No había tenido contacto con ellos en casi veinte años. Queriendo a su hija como la quería, nunca podría entender la posición de sus padres. Ella haría lo que fuera por Amber, aunque cometiese errores. ¿No era para eso para lo que estaban las familias, para ayudarse en los malos tiempos? ¿Para compartirlo todo y quererse siempre?

Poco a poco, Sara se dejó llevar por la agradable sensación del masaje. La habitación, a media luz, la suave música, las velas aromáticas, las manos de la masajista... era como estar en el cielo.

Si pudiera, se daría un masaje todos los días.
¿Qué diría al respecto su misterioso extraño?
A las siete y media, Sara estaba de los nervios. No sabía si ir a cenar con el extraño o no. ¿Y si resultaba ser un psicópata? Pero si cenaban en el hotel no habría ningún peligro. Por supuesto, no subiría al coche con él. No iría a ningún sitio con él.
Cenarían, charlarían un rato y nada más.
Era mejor que cenar sola en su habitación. Especialmente, después de que la hubieran peinado y maquillado.
Y sería una pena que el vestido de seda color verde agua se quedara en el armario.
Por primera vez en mucho tiempo, se sentía como otra persona. Podía ponerse aquel ligero vestido, subirse a unos tacones y tontear como una cría. Luego volvería a su habitación y soñaría con aquel fabuloso extraño. Iba a hacerlo. ¿Por qué no?
A las ocho salía del ascensor, sintiéndose tan incómoda como si llevara un biquini. La dependienta de la boutique le había asegurado que el vestido le quedaba perfecto, pero se ajustaba mucho a su cuerpo y no le llegaba ni por las rodillas. Llevaba el pelo más corto y el maquillaje, con una sombra de ojos oscura, a la última moda, seguramente resultaba un poco exagerado para una mujer de su edad.
Pero antes de que pudiera volver a subir al ascensor, apareció él, tan guapo como antes. Ahora llevaba un traje oscuro y una inmaculada camisa blanca. Y, por su forma de mirarla, le gustaba lo que veía.
—Matthew Tucker —se presentó, ofreciéndole su mano.
—Sara Simpson —contestó Sara. En lugar de estrechar su mano, el hombre tiró de ella suavemente para llevarla al ascensor.
—He reservado mesa en el restaurante de la terraza. ¿Qué tal suena una cena y después un baile?
—Suena muy bien.
Sus miedos desaparecieron. Matthew Tucker no estaba intentando nada raro, sólo quería cenar con ella. Si las cosas iban mal, siempre podía volver a su habitación.
Y si no, sería un estupendo comienzo para su nueva vida.
—Bueno, háblame de Sara Simpson —la invitó Matt, una vez sentados a una mesa frente al lago. Fuera estaba oscuro, sólo las

luces del pueblo y algunas casas iluminaban el paisaje nevado. Las ventanas reflejaban la suave luz del restaurante y una pequeña orquesta ofrecía una música de fondo excelente.

Sara lo miró, preguntándose qué parte de su aburrida vida podía interesar a aquel hombre tan atractivo. Llevaba ropa cara, de modo que, seguramente, no entendería los esfuerzos y sacrificios que ella había tenido que hacer para estudiar una carrera mientras trabajaba y criaba a su hija.

Un hombre soltero de treinta y tantos años no entendería los problemas que había tenido cuando dicha niña llegó a la adolescencia sin conocer a su padre. O las dificultades de una mujer compitiendo con los hombres en el mundo profesional. Su vida le gustaba, pero contársela a alguien le parecía un aburrimiento.

Lo que ella quería era que Matt la viera como alguien interesante, emocionante. Una mujer de mundo, absolutamente cómoda con la situación, como si cenara todos los días con un extraño.

Quería olvidar que era madre y parecer un poco misteriosa.

—¿La versión reducida? —preguntó.

—Tenemos toda la noche, ¿por qué la versión reducida?

—Muy bien. Pero tendrás que ser discreto.

—¿Cómo de discreto? —preguntó él, levantando una ceja.

—No quiero que me descubras.

—Te lo prometo —sonrió Matt, burlón.

—Soy una especie de detective.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me dedico a descubrir secretos de la gente. Los vigilo, estudio toda la información y luego los obligo a confesar públicamente.

Él parecía intrigado y Sara se echó hacia atrás en la silla, satisfecha. No era una economista aburrida que se dedicaba a comprobar los datos de las declaraciones de Hacienda, sino una especie de espía. Y tendría que mantener el papel toda la noche.

No lo había intentado nunca, pero podría ser divertido. La cuestión era decir siempre la verdad... un poco adornada.

—Sospecho que ésa es una versión muy reducida.

—Así es. Bueno, háblame de ti.

—A lo mejor yo soy una de esas personas que ayudan a los que

quieren ocultar información.

—¿Cómo?

—Me dedico a la seguridad. Aburrido, sí, pero qué se le va a hacer. Mi empresa diseña sistemas de seguridad para empresas, desde alarmas antirrobo a sofisticados fire walls para ordenadores. Yo estoy en la división de informática.

—¿Te dedicas a la informática?

No podía creerlo. Tan alto, tan atlético. ¿Cómo podía estar metido en una oficina todo el día?

—Entre otras cosas. En realidad, soy uno de los socios. Los ordenadores son mi especialidad. ¿Esperabas otra cosa?

Oh, no. Ahora pensaba que ella era una súper detective con una vida llena de emociones y que su vida iba a decepcionarla. Por eso no debería contar historias, se dijo.

—No, en absoluto. Los ordenadores son... interesantes.

Y frustrantes cuando se negaban a funcionar.

—¿Trabajas aquí, en Lake Tahoe? —preguntó.

—No, en San Francisco. Pero viajo mucho. Ahora estoy de vacaciones, acabo de estar en Moscú.

—¿En Moscú?

—¿Has estado allí alguna vez?

—No.

—¿Sólo trabajas en el país entonces?

—Sólo en San Francisco.

—Ah.

—¿Qué hacías en Moscú? —preguntó Sara.

Pero no podía dejar de pensar que los dos vivían de San Francisco. ¿Se encontrarían alguna vez? ¿La invitaría a salir?

—Instalando un sistema de seguridad en una empresa que no desea que los piratas les roben información. Antes de eso estuve en Bruselas. Y antes en Ámsterdam.

—¿Y antes de eso?

Sara estaba fascinada. Matt viajaba por todo el mundo. Eso era lo que ella quería.

Viajar, conocer otras culturas, visitar lugares históricos, aprender idiomas, ver un espectáculo de flamenco en España...

—Hong Kong. Una ciudad llena de gente, pero muy emocionante.

Ella se quedó mirándolo, fascinada. Hablaba de sus viajes como si fuera al supermercado...

—¿Has viajado por todo el mundo?

Matt asintió.

El camarero interrumpió la conversación mientras servía la cena y, cuando se marchó, Sara miró a Matt, sonriendo.

—A mí me encantaría viajar. De hecho, estaba pensando que, con Amber casada, estoy libre por primera vez en muchos años. Puedo ir donde quiera, hacer realidad todos mis deseos.

—¿Y cuáles son esos deseos? —preguntó él.

Sara bajó la mirada. Pero una imagen mental de Matt y ella abrazados había aparecido en su mente. Afortunadamente, él no podía leer sus pensamientos.

—¡Eh, Matt! ¿Dónde te habías metido? —un hombre alto de pelo rubio acababa de aparecer al lado de la mesa. Hablaba con Matt, pero la miraba a ella—. No me has invitado a cenar.

—Como puedes ver, tenía otros planes —contestó él.

—¿Y no piensas presentarme a tu amiga?

—Sólo si prometes irte inmediatamente.

—También podría cenar con vosotros —sugirió su amigo.

—Sara, este hombre tan pesado es mi socio en Tecnología Aste, Dexter Braddox. Dex, Sara Simpson. Y no, no puedes cenar con nosotros.

—Venimos a esquiar y lo primero que haces es ponerte a trabajar. Y ahora te encuentro con la mujer más guapa de Lake Tahoe. ¿Es eso justo? —protestó Dex.

Sara sonrió. Sabía que estaban de broma, pero sentirse objeto de atención de dos hombres tan atractivos era tremendamente halagador. Nunca le había pasado algo así.

Dex se quedó charlando unos segundos antes de despedirse.

—¿No deberías haberlo invitado a cenar con nosotros?

—No. Me apetece estar a solas contigo.

De modo que Matt quería estar a solas con ella. Sara sonrió, encantada, y siguió cenando.

—Como los dos vivimos en San Francisco, quizá conozca la empresa para la que trabajas. ¿O es un secreto?

—No, no lo es.

—¿Vives cerca de tu oficina? ¿Tienes una oficina?

—Vivo en Fort Mason, muy cerca de la calle Montgomery, donde está mi oficina. En verano suelo ir andando. Es un buen ejercicio.

—Entonces somos prácticamente vecinos. Yo vivo en el puerto —sonrió Matt.

Sara asintió. Podían estar más o menos cerca, pero los apartamentos de Fort Mason no podían compararse con las lujosas casas del puerto de San Francisco. Desde allí podía verse el mar, desde su apartamento sólo podía ver los tranvías que cruzaban la ciudad.

—¿Quién se encarga de tus cosas mientras estás aquí?

—Mi secretaria se encarga de todo. No tengo plantas, ni mascotas, nada que requiera mi atención —contestó Matt, mirando la pista de baile—. ¿Te apetece bailar?

Sara estaba esperando el postre porque había visto una bandeja de pasteles de chocolate cuando entraron en el restaurante, pero bailar también era muy apetecible.

Aunque ella no bailaba bien. De hecho, había perdido la costumbre de hacerlo. Pero sentía la tentación de estar entre sus brazos. Había visto cómo lo miraban las mujeres y, al fin y al cabo, era el hombre más guapo del restaurante.

—Sí, claro.

Matt la tomó por la cintura. La música era seductora, o quizá lo seductor era estar entre los brazos de aquel hombre. Fuera lo que fuera, se sentía como una princesa. Se movían como si llevaran toda la vida bailando juntos. Cuando cerró los ojos y apoyó la frente en su pecho, Matt apretó su espalda.

Y Sara se sintió segura.

Ella siempre había tenido que ser la fuerte y le gustaba esa sensación de sentirse protegida. —¿Cuándo vuelves a San Francisco?

—Dentro de unos días. Estoy de vacaciones.

—Pásalas conmigo.

CAPÍTULO 2

—¿PASAR las vacaciones contigo? ¿Aquí, en el hotel? —exclamó Sara.

—Los dos estamos alojados aquí. Podrías contarme más cosas de tu trabajo o dónde irías de viaje si pudieras hacerlo. ¿Te gusta esquiar? Podríamos ir a esquiar. O si prefieres jugar en el casino...

—No, no me gusta jugar. Y no sé esquiar. Yo había pensado pasear por el lago, leer un poco, darme unos masajes.

—Pues cambia de planes —sugirió él.

Sara no vaciló ni un segundo. ¿No estaba buscando aventuras? ¿No quería hacer algo diferente a lo que había hecho en los últimos diecinueve años? ¿Y qué mejor que compartir unas excitantes vacaciones con un hombre tan interesante?

Nadie la conocía en Lake Tahoe. Nadie iba a decirle cómo tenía que comportarse.

Nadie podría censurarla.

De modo que, sintiéndose muy aventurera, asintió con la cabeza.

—Me encantaría. Puedes contarme dónde has estado, cómo son todos esos países, ayudarme a decidir dónde debería ir... Y yo te contaré lo que pueda sobre mi trabajo.

Si conseguía que su trabajo sonara interesante podría hacer que él se sintiera intrigado. Una mujer, misteriosa con la que compartir unas vacaciones...

Qué divertido era ser responsable sólo de una misma. Por fin.

Lo del nido vacío era una cosa maravillosa.

Matt la apretó contra su pecho, disfrutando del calor del cuerpo femenino. Ella lo fascinaba. No insistía para que le revelara información sobre su trabajo, no estaba intentando impresionarlo, de modo que él tampoco sentía la necesidad de hacerlo. La deseaba, desde luego. Era preciosa, divertida, parecía gustarle todo... al contrario que las mujeres con las que solía salir, que siempre le exigían más tiempo, más atención, más dinero.

Ella parecía contenta con la idea de que pasaran las vacaciones juntos, de modo que se relajaría e intentaría olvidarse del trabajo. Aunque buscaría tiempo por las mañanas para comprobar cómo iban las cosas a través de Internet.

Matt se preguntó entonces si aquella mujer era demasiado buena para ser verdad.

Parecía dispuesta a abrazar la vida, como él. ¿Sería una mentira o de verdad le interesaba viajar por todo el mundo?

Si era así, quizá podrían viajar juntos. Visitar algunos de sus lugares favoritos cobraba otro sentido al pensar en enseñárselos a Sara. Le encantarían París, Roma, Atenas. Probablemente le entusiasmaría la energía de Hong Kong. Podía imaginarla con los ojos brillantes de emoción, riendo, disfrutando de todo.

¿Sería igual en la cama?

De repente, la orquesta dejó de tocar.

—Se está haciendo tarde —dijo Sara, mientras volvían a la mesa —. Si vamos a levantarnos temprano, será mejor que durmamos un poco.

—¿Vamos a levantarnos temprano? —preguntó él. Estuvo tentado de sugerir que terminasen la conversación en su habitación, pero algo lo detuvo.

Sara no era como las mujeres con las que solía salir. Ella era especial. Y no pensaba arruinar lo que había entre los dos apresurando las cosas. Tenían varios días por delante y, así, la conquista sería más emocionante.

—No quiero perder un minuto de mis vacaciones. Además, ¿quién sabe hasta cuándo tendremos buen tiempo? Podría ponerse a nevar en cualquier momento.

Matt pagó la cuenta y la acompañó a su habitación. Estuvo a punto de pedirle que lo invitase a entrar, pero no lo hizo. Podía esperar. No iba a resultar fácil, pero podía hacerlo. Ya no era un adolescente.

—¿Nos vemos a las ocho abajo, en el mismo sitio?

—Muy bien.

Él levantó la mano para acariciar un mechón de su pelo color miel. El nuevo corte le quedaba fenomenal. ¿Se habría puesto mechas o los mechones dorados eran naturales? Fuera como fuera, aquel estilo le daba un aspecto sofisticado que, seguramente, también era nuevo para ella. Cuando la miró a los ojos, se quedó sorprendido al descubrir cuánto la deseaba.

Matt se inclinó para rozar sus labios y ella respondió con un entusiasmo que lo pilló por sorpresa. Quizá no debería esperar...

Pero Sara dio un paso atrás.

—Gracias por la cena. Lo he pasado muy bien.

Y luego cerró la puerta, dándole prácticamente en las narices.

Matt dejó escapar un largo suspiro. A lo mejor había calculado mal. A lo mejor ella habría sido más receptiva de lo que esperaba.

Ni siquiera era medianoche, pero se iría a la cama. Quería llegar a su cita a las ocho en punto.

—¡Madre mía! —exclamó Sara, apoyándose en la puerta.

¡La había besado! Nadie la había besado desde el torpe intento de Jack Renner, siete años antes. Y no fue exactamente un beso, más bien el saludo de un cachorro torpe.

Matt Tucker, por otro lado, era un experto. Sonriendo, Sara empezó a bailar por la habitación, imaginando que estaba entre sus brazos. Le había encantado cenar con él.

Una semana en su compañía. No podía creerlo. ¿Se aburrirían o descubrirían que querían pasar juntos más de una semana? Los dos vivían en San Francisco. Quizá la llamaría cuando volvieran a casa...

Sara se puso el camisón sintiéndose locamente feliz. Más feliz que en mucho tiempo.

El día siguiente fue uno de los mejores de su vida. Durante el desayuno, Matt intentó convencerla para que fueran a esquiar, pero ella se negó. Prefería pasear por la orilla del lago, pero sugirió que saliera con su amigo y se vieran después. Se llevaría una desilusión si dijera que sí, pero no pasaba nada. No le apetecía hacer el ridículo intentando aprender a esquiar delante de él.

Afortunadamente, Matt insistió en que pasaran el día juntos.

—Llevo años esquiando y me encanta hacerlo aquí, pero las montañas no van a moverse de su sitio. Vamos a pedir un café para calentarnos en el camino.

La nieve se había derretido, pero tuvieron que luchar contra el viento que soplaba a la orilla del lago. Afortunadamente, el sol y las chaquetas de plumas los mantenían calentitos.

Cuando encontraron un refugio se sentaron para tomar un sorbo de café. Las olas que el viento llevaba a la orilla emitían un sonido melodioso. El agua brillaba bajo los rayos del sol y la nieve sobre la montaña era de un blanco inmaculado.

Sara admiró aquella belleza mientras intentaba grabar el paisaje

en su memoria. Y al hombre que estaba a su lado.

—Háblame de Moscú.

—Yo te hablaré de Moscú y tú me hablarás de ti.

—Pero ya te he dicho lo que hago.

—No lo sé todo sobre ti. Y quiero toda la información posible.

Halagada, Sara asintió con la cabeza.

—Bueno, pero empieza por Moscú —sonrió. Quería saberlo todo sobre él, su vida, sus viajes. ¿Sentiría Matt lo mismo?

Cuando terminó su relato, Sara arrugó el ceño. En realidad, lo único que hacía era trabajar y trabajar.

—Si yo hubiera estado en Moscú habría visitado todos los museos, habría paseado por la plaza Roja, incluso habría ido de compras. Tú vas a trabajar y de vuelta al hotel.

Qué aburrido.

—Era mi cuarta visita. Además, el invierno en Moscú no invita a pasear, te lo aseguro.

Y tenía mucho trabajo.

La miraba de una forma... Sara tenía la impresión de que estaba intentando leer sus pensamientos. ¿De qué estaban hablando?, se preguntó. Ah, de Rusia.

—¿Hablas ruso? —preguntó, deseando que no dejase de hablar. Le gustaba su voz, cómo la miraba. Se sentía cómoda con él.

—No hablo ruso, pero hablo un par de idiomas que vienen muy bien cuando uno está en Europa. Cuando voy a Rusia, contrato a un intérprete. En este último viaje tuve a un señor mayor que hacía poesías sobre los gloriosos días del imperio... un imperio que terminó cuarenta años antes de que él naciera.

Matt siguió contándole las cosas tan divertidas que decía su guía. Y su descripción del invierno en Rusia la hizo sentir escalofríos.

Las descripciones eran tan detalladas que casi sentía como si ella hubiera estado en Moscú, aunque ella habría hecho más cosas. ¿Habría sido más aventurero si fuera acompañado?

Cuando terminaron el café, estaban dispuestos a seguir caminando. Hacía demasiado frío para quedarse sentado.

—Ahora tienes que hablarme de tu trabajo —dijo Matt, tomando su mano.

—Siento desilusionarte, pero no es muy emocionante.

—¿Ser detective no es emocionante? Sara soltó una carcajada.

—Eso era una broma, quería hacerme la interesante.

—¿Ah, sí?

—En realidad, soy economista. Hago auditorias para empresas y llevo la declaración de Hacienda de varios clientes. No es muy emocionante, pero a mí me gusta.

—Ya me imagino. Si no te gustase harías otra cosa, ¿no? —sonrió Matt.

—Supongo que sí.

Al menos, no parecía molesto por el pequeño engaño. Y en realidad, a ella le gustaban los números. Eran lógicos y predecibles. Nunca engañarían a nadie, como hacían las personas. Eran seguros.

El día pasó como una exhalación. Muchas de las casas frente al lago estaban cerradas, aunque de vez en cuando podían ver humo saliendo de alguna chimenea.

Pasearon por la calle Mayor, comprando algunas cosas en las tiendas de recuerdos, y luego se sentaron en la terraza de un café para comer salchichas y sauerkraut, rodeados de esquiadores.

—Nos veremos aquí a las ocho en punto —dijo Matt cuando volvieron al hotel—.

¿Quieres que cenemos aquí o prefieres probar otro sitio?

—Sorpréndeme —dijo Sara, quitándole las bolsas de la mano.

Al hacerlo, el roce la hizo sentir un escalofrío. La había tocado mientras paseaban, poniéndole un brazo sobre los hombros o en la cintura... pero al rozar su mano, sin saber por qué, se puso colorada.

—Hasta las ocho entonces —dijo Matt, inclinándose para darle un beso.

Le daba igual que estuvieran en el vestíbulo del hotel con docenas de personas mirando. Y, aunque sólo fue un breve roce, Sara lo sintió hasta en las plantas de los pies.

Sorprendida, subió al ascensor. Debía tener cuidado. Aquéllas eran unas vacaciones, un momento fuera de su rutina normal. Una pequeña aventura, nada más.

Pero mientras recordaba cada momento del día fantaseaba con algo más que compartir unos días con Matt. Así era como debería haber sido estar casada. Se había perdido tanto cuando Bill se marchó...

Debería haber vuelto a casarse, pero no lo había hecho por

Amber.

¿Estaba pensando en eso porque Matt le parecía especial?

Después de dejar las bolsas en su habitación, bajó al vestíbulo para comprarse otro vestido. El único que tenía, además del vestido de madrina, era el que compró el día anterior. El resto de su equipaje consistía en vaqueros y jerséis de lana.

Eligió un vestido de seda verde oscuro y se gastó un dineral en una cadenita de oro.

Pero merecía la pena.

Además, lo echaba de menos. Sólo llevaba una hora sin él y ya lo echaba de menos.

No podía creer que se llevaran tan bien, que tuvieran tantas cosas de qué hablar. Pero había otros mundos por explorar con Matt: bailar, darse la mano, besarse...

Y estaba deseando.

Sara despertó el miércoles por la mañana con el corazón encogido. Aquél era el último día. Tenía que volver a casa esa tarde y empezar a trabajar al día siguiente.

Pero no quería dar por terminadas aquellas idílicas vacaciones.

Cada momento con Matt había sido especial y tenía miedo de haberse enamorado de él. Aunque era una locura, claro. Matt era más joven que ella, aunque ninguno de los dos lo había mencionado. Él viajaba por todo el mundo mientras ella apenas había salido nunca de San Francisco.

Y era un hombre tan sexy... los besos habían ido volviéndose más apasionados cada día. La noche anterior pensó que él buscaría algo más, pero se había portado como un caballero.

O quizá no sentía lo mismo que ella. Quizá no le costaba trabajo dejarla en la puerta de su habitación. Quizá sólo era un divertimento porque se aburría con su amigo Dexter.

Pero especular era inútil. Matt no le había pedido su número de teléfono. Quizá para él sólo era una aventura de vacaciones, algo que olvidaría en cuanto volviera a casa.

Aunque esperaba que no.

Una vez vestida, empezó a hacer el equipaje. Tenía que dejar la habitación a las once, pero pensaba quedarse en Tahoe hasta la tarde. Como era un día de diario, no habría mucho tráfico en la autopista.

Quizá Matt le pediría que fuera con él a San Francisco. ¿Habría ido en coche con Dexter? Era curioso, lo sabía todo sobre sus viajes por el mundo, pero no sabía nada de su vida normal.

Matt la esperaba en el vestíbulo, como todos los días. Y el día anterior, cuando bajó cinco minutos antes, él ya estaba allí. Eso tenía que ser una buena señal, ¿no?

Pero, ¿y si aquél era el último día? ¿Y si no volvían a verse?

—Había pensado tomar un buen desayuno y pasar el resto del día paseando por el lago, ¿qué te parece? —sonrió Matt.

—Me parece muy bien —sonrió Sara, dejando que tomara su mano.

Todo lo que habían hecho juntos era tan especial...

—¿Seguro que no quieres ir a esquiar?

Podría ser su última oportunidad. Habían hecho todo lo que podían hacer en Lake Tahoe, ¿por qué no esquiar? Podría acabar gustándole.

—Muy bien, lo intentaré.

Matt apretó su mano, contento.

—Te encantará. Y yo soy un buen profesor.

Pero en cuanto terminaron de desayunar sonó su móvil.

Sara no pudo evitar oír la conversación... y se le encogió el corazón. No irían a esquiar. Matt tenía que marcharse urgentemente.

—Lo siento, Sara, tengo que irme —dijo él unos minutos después.

—Una emergencia, ya me he dado cuenta. ¿Tienes que irte inmediatamente?

—Podemos terminar el desayuno. Pero tengo que llamar a Dex antes de que se vaya a esquiar. Tiene que llevarme al aeropuerto...

Sara había perdido el apetito. Normalmente, las tortitas con nata eran su desayuno favorito, pero la comida se le atragantaba. Sólo le quedaban unos minutos con Matt.

No podía dejar de pensar eso.

En cuanto terminaron de desayunar, volvieron al hotel. Y Matt parecía distante.

Estaba concentrado en su trabajo.

Sara sabía que tendrían que despedirse aquel día, pero había esperado que fuese más tarde. Después de que le hubiera pedido su

número de teléfono.

Dex se encontró con ellos en el vestíbulo.

—Llevas el pasaporte, ¿verdad?

Matt asintió.

—Y el ordenador portátil. No he traído mucha ropa, así que tendré que comprar un traje en Ámsterdam... Bueno, tengo que subir a hacer el equipaje. Dexter miró su reloj.

—Si quieres llegar al aeropuerto, tienes que darte prisa.

—Espera, voy a acompañar a Sara a su habitación.

—No tienes que acompañarme —protestó ella—. Sé que no tienes tiempo... podemos despedirnos aquí. Gracias por estas vacaciones, Matt. Lo he pasado de maravilla.

Tenía que hacer un esfuerzo para no llorar. Nunca habían hablado del futuro, no se habían hecho ninguna promesa. Él era libre para irse, ella también.

—Eres muy especial, Sara. La próxima vez que vaya de vacaciones, quiero que vengas conmigo.

Y la besó de nuevo, como si estuvieran solos en el vestíbulo.

El ascensor llegaba en ese momento.

—Venga, ve a hacer el equipaje. Y visita Ámsterdam por mí —dijo Sara, empujándolo suavemente para que entrase.

Las puertas se cerraron. Sus vacaciones habían terminado.

Matt iba pensativo mientras subía en el ascensor. ¿Por qué tenía que marcharse justo en aquel momento? Tony, Dex y él habían creado la empresa siete años antes y había crecido mucho más de lo que hubieran esperado. Le encantaba viajar, ir de un sitio a otro, pero aquel día desearía no tener que irse a Ámsterdam.

Quería quedarse con Sara.

Arrugando el ceño, entró en la habitación y empezó a hacer la maleta. ¿Quedarse con Sara? Había decidido mucho tiempo atrás, cuando vivía con su tío Frank, que viajaría por todo el mundo sin mirar atrás, sin atarse a nada.

Viajar a países desconocidos era mucho más interesante que trabajar de ocho a cinco en una oficina. Él no quería acabar como su tío Frank, quejándose de todo, infeliz con su trabajo, con su vida. El viejo nunca había ocultado su resentimiento.

Matt se fue de casa a los dieciocho años y buscó un trabajo para pagarse la carrera.

Sabía que la educación era esencial para escapar de la vida de la que tanto se quejaba su tío. Y lo había hecho. Había visitado las ciudades más importantes del mundo.

Había estado en lugares exóticos, emocionantes.

Pero en aquella ocasión no sentía deseo alguno de viajar. Habría preferido quedarse allí con Sara. Ella era la acompañante perfecta. Con ella, cada día era especial. Lo único que lamentaba era no haber insistido para que también pasaran las noches juntos. Los días habían pasado sin que se diera cuenta y ahora tenía que marcharse.

Y no le apetecía nada. Eso era rarísimo en él, que siempre deseaba conocer sitios nuevos, moverse, buscar nuevos retos.

Sara y él no se habían hecho promesa alguna... Entonces se dio cuenta de que no tenía su teléfono, ni su dirección en San Francisco. ¿Y si no estaba en la guía?

Nervioso, marcó el número de su habitación, pero Sara no estaba. Quizá se había quedado abajo, charlando con Dex. Si era así, podría conseguir su número de teléfono en cuanto bajase. Si no, le diría a su socio que se lo pidiera cuando volviese del aeropuerto. Era lo único que podía hacer.

Media hora después, Dex lo dejaba en el aeropuerto.

—No lo olvides, tienes que pedirle su número de teléfono. Dile que la llamaré en cuanto vuelva a San Francisco.

—Me lo has dicho doce veces —suspiró Dexter—. No se me va a olvidar, no te preocupes.

—Mándamelo por correo electrónico en cuanto lo tengas.

—Si no te conociera bien, diría que te has enamorado de esa mujer —rió su socio, antes de despedirse.

Matt se quedó mirando el coche. ¿Enamorarse de Sara?

No había razón para quedarse ahora que Matt se había ido, pensaba Sara. De modo que hizo la maleta y se marchó del hotel.

¿Le preguntaría Amber qué tal las vacaciones en Tahoe cuando volviera de su luna de miel? Y si era así, ¿qué podría decirle? ¿Que había conocido al hombre más maravilloso del mundo, pero que él no se había molestado en pedir su número de teléfono?

Mejor no decir nada. Aquellos días serían un bonito recuerdo para ella, nada más.

Pero le daba pena. Matt Tucker era un hombre especial. Y lamentaba que no quisiera volver a verla.

La semana siguiente Sara había hecho ciertos cambios en su vida.

Había pasado dos veces por la agencia de viajes que había cerca de su oficina para pedir folletos y estaba planeando el viaje con el que siempre había soñado.

Se había abierto el plazo para las declaraciones de Hacienda, de modo que el viaje debía esperar hasta después de abril, pero podía empezar a hacer planes.

Cuando otro de los economistas de la empresa, Tim, le preguntó si quería salir a cenar con él, Sara dijo que sí... cuando se cerrase el plazo para las declaraciones. No parecía haberse fijado en ella antes, pero seguramente el corte de pelo y el nuevo look hacían que la viera de otra forma.

Amber volvió a casa el sábado, sola. Jimmy estaba de servicio. Aunque feliz por su nueva vida de casada, estaba un poquito enfadada porque las cosas no iban como ella había esperado.

—Jimmy sigue viviendo en la base —se quejó—. Dice que vendrá a verme cuando pueda, pero es como si siguiéramos siendo novios. Ni siquiera sabe dónde vamos a vivir definitivamente y tiene que volver a Alemania dentro de dos semanas ¿Qué voy a hacer con mi carrera?

—Seguir estudiando, cariño.

—Pero no sabemos dónde van a destinarlo y tengo que solicitar la plaza.

—Puedes solicitarla cuando a Jimmy lo destinen y explicar las circunstancias. Lo peor que podría pasarte es perder un trimestre, ¿no?

Amber dejó escapar un suspiro.

—Bueno, en fin... ¿Qué hiciste en Tahoe? ¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien.

—Me gusta el corte de pelo. ¿Sabes una cosa, mamá? Podrías salir con alguien. Ahora que no tienes que cuidar de mí, deberías volver a casarte.

—Me gusta mi vida como es —contestó Sara. Era cierto. Pero también era cierto que ella era una mujer joven y necesitaba la atención de un hombre. Un hombre especial, como Matt. ¿Cómo sería estar casada con él?

Fantástico, sin ninguna duda. Viajaría, conocería el mundo.

Podría aprender idiomas para entenderse con la gente cuando estuviera en Roma o en Madrid.

—Ya sé que te gusta tu vida, pero ahora es diferente. Ahora estoy casada, tengo mi propio apartamento. Cuando destinen a Jimmy, me marcharé de California y tú te quedarás sola —insistió Amber.

—Tengo muchos amigos, hija.

Y muchos planes, pero no quería contárselos a nadie porque disfrutaba soñando con su nueva vida.

—Lo sé, pero no es lo mismo —siguió su hija. En eso tenía razón. Durante cuatro gloriosos días, Sara había formado parte de una pareja. Matt y ella habían sido inseparables y descubrió entonces que le gustaba eso. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que tuvo a alguien a su lado que ahora le parecía completamente diferente. Por supuesto, fue Matt quien lo hizo memorable.

Pero había decidido volver a salir con gente, ver si había alguien en alguna parte que mereciese la pena. Hacer cosas con otra persona era mejor que hacerlas sola.

Pero aún no. Sospechaba que compararía a todos los hombres con Matt y eso no era bueno.

—Ya veremos. Pero no ahora mismo. Se ha abierto el plazo para las declaraciones de Hacienda.

—Lo sé, lo sé, pero a finales de abril sería un buen momento. Piénsalo, mamá.

El problema era que Sara no podía dejar de pensar en Matt Tucker.

Los días en Lake Tahoe le parecían un cuento de hadas. Recordaba los paseos por la orilla del lago, lo divertido que era charlar con él, ir de la mano a todas partes. Y

especialmente recordaba los besos.

Pero pasó una semana, dos, y seguía sin saber nada de él. De modo que debía olvidarse de aquel sueño. Seguramente, Matt ya habría vuelto a San Francisco... ¿se acordaría de ella o sería sólo una más entre tantas otras mujeres?

Sara buscó el número de Tecnología Aste en la guía. Estaba en la calle Montgomery, muy cerca de su oficina. No había intentado buscarlo porque Matt no le había dado ninguna indicación de que

quisiera volver a verla, pero saber eso no había impedido que mirase a todos los hombres altos y morenos con los que se cruzaba en la calle Montgomery. Lo que no había hecho era pasar por delante de la puerta de su empresa con la esperanza de encontrarse con él.

El miércoles por la tarde, Sara le pidió a su secretaria que le encargara un sándwich antes de irse. Tenía montones de trabajo y nadie esperándola en casa. Si comía algo en su oficina, podría trabajar un par de horas más.

Sara suspiró, mirando el cartel de Grecia que había colgado en la pared. Preferiría estar paseando por las ruinas del Partenón, desde luego. Aquel mismo fin de semana pensaba comprar un par de cosas para cuando fuese a Grecia. O a Alaska, pensó, mirando otro póster, aquel de un mar azul y gloriosos glaciares.

Entonces sonó el teléfono.

—¿Tienes idea de cuántos Simpson hay en San Francisco?

El corazón de Sara se puso a mil por hora.

—¿Matt?

—El mismo. Se me olvidó pedir tu número de teléfono y cuando Dex volvió al hotel, ya te habías ido. Así que llevo haciendo llamadas desde que volví de Amsterdam.

—¿Cómo me has encontrado?

—Encontré el teléfono de tu hija y le dije que era un amigo tuyo. Cómo te he echado de menos, Sara.

Ella no podía decir una palabra. ¡Era Matt! Había perdido la esperanza de volver a oír su voz...

—No me lo puedo creer. Pensé que habrías vuelto hace semanas.

—No, el problema era mayor de lo que pensábamos, pero ya estoy aquí y deseando verte. Cena conmigo, estaré ahí en diez minutos.

—Pero si son las siete y media, es un poco temprano para cenar, ¿no?

—¿Qué más da?

Había una montaña de papeles sobre su mesa pero, por primera vez en su vida, le daba igual. No podía decirle que no a Matt.

—No le hablé a Amber de ti —dijo entonces, preguntándose qué habría pensado su hija.

—Ya me he dado cuenta. Parecía un poco suspicaz, la verdad.

Seguro que te llama en cinco minutos.

—Sí, no me extrañaría.

—Le aseguré que era un buen amigo, pero para no levantar sospechas sólo le pedí el número de tu oficina. Aunque quiero el de tu casa, claro.

Sara se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—No estoy vestida para salir a cenar.

—Me da igual cómo estés vestida o si no estás vestida en absoluto. Estaré allí en diez minutos —dijo Matt antes de colgar.

Ella rió, emocionada. Matt Tucker había vuelto y quería verla. Estuvo a punto de ponerse a bailar. Le dijo a Stacey que cancelase el sándwich y luego entró en el servicio para arreglarse un poco. Ojalá se hubiera puesto algo más atractivo, pensó, mirándose al espejo. Llevaba un pantalón negro y una sencilla blusa de color rosa.

Pero no tenía tiempo para ir a casa a cambiarse y, además, Matt había dicho que le daba igual. Y ella estaba deseando verlo.

Exactamente nueve minutos después, salió de la oficina y enseguida vio un deportivo frente a la puerta. Matt bajó de él con una sonrisa en los labios. —Hola, Sara.

—Hola, Matt.

Por un momento, no pudo decir nada más. Estaba tan guapo como en Lake Tahoe y sintió el deseo de tocarlo, de besarlo.

—Cuánto me alegro de verte —dijo, mareada de felicidad.

Lo había dicho de corazón. Hasta ese momento no supo cuánto lo había echado de menos, el miedo que había tenido de no volver a saber nada de él. El tiempo que había pasado daba igual, era como si se hubieran visto el día anterior.

—Venga, entra en el coche antes de que me pongan una multa. ¿Dónde quieres ir a cenar? —preguntó él, inclinándose para darle un beso en los labios.

—Donde sea.

—¿A Londres?

Sara soltó una carcajada.

—Bueno, pero no creo que lleguemos a la hora de cenar.

—Hay un estupendo restaurante italiano en la plaza Columbus.

—Muy bien. A mí también me gusta la comida italiana.

Cenar con Matt era mucho mejor que comerse un sándwich en la

oficina, desde luego. Por un momento, pensó en el trabajo que la esperaba, pero decidió olvidarse.

Hacía semanas que no lo veía.

—¿Qué tal en Holanda?

—No hay mucho que contar. Trabajo, trabajo y trabajo. Pero me habría gustado que vinieras conmigo. Te habría encantado Ámsterdam. Podríamos haber ido a un restaurante diferente cada día, hacer excursiones por el río... y las tiendas son fabulosas. Amberes te habría gustado muchísimo también, es una ciudad encantadora, muy antigua.

—Quizá algún día —dijo Sara.

Matt asintió.

Unos minutos después estaban sentados en el restaurante italiano, que olía a albahaca, orégano y otras especias.

—¿Qué has hecho mientras yo estaba en Holanda?

—Trabajar. Y una noche cené con Amber y su marido. Nada tan interesante como ir de vacaciones.

No sabía si contarle sus planes de ir a Grecia. ¿Querría Matt ir con ella?

—¿Vacaciones? Lo único que he hecho es trabajar —sonrió él.

—Bueno, ¿y vas a quedarte en San Francisco mucho tiempo?

—Tengo que confirmar con la oficina que todo va bien pero, por el momento, creo que estaré aquí unos días.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hace dos horas —contestó Matt.

Sara no podía creerlo. ¿Tantas ganas tenía de verla que ni siquiera había pasado por su oficina?

—Pues debes estar agotado.

—Aguantaré la cena, no te preocupes. Tenía muchas ganas de verte.

—Podemos cenar rápido —sugirió ella.

—No hace falta. Ah, por cierto, te he traído un regalo de Amberes.

—¿Un regalo? —repitió Sara. Hacía siglos que no recibía regalos de un hombre. Y que se hubiera acordado de ella mientras estaba de viaje la emocionaba.

Matt sacó una cajita de terciopelo y ella la miró, incrédula. No podía haberle comprado un anillo...

Pero cuando abrió la caja, dentro había un diamante.
—¿Quieres casarte conmigo, Sara?

CAPÍTULO 3

SARA levantó la mirada, atónita.

—¿Casarme contigo? —repitió, casi sin voz.

—Esperaba que me hubieras echado de menos tanto como yo a ti. Lo pasamos muy bien en Lake Tahoe y... piensa en cómo podría ser nuestra vida juntos. Somos perfectos el uno para el otro, Sara.

—Pero...

—Deja tu trabajo, ven conmigo donde quiera que vaya. Yo puedo tomarme tiempo libre, así que no será todo trabajo. La semana que viene me voy a Londres... ¿por qué no pasamos la luna de miel allí?

Nunca le había pedido a una mujer que se casara con él. Pero Sara era diferente. Era fácil estar con ella, tan divertida, tan llena de vida. Por no decir sexy. No tendría que preocuparse por formar una familia porque Sara ya tenía una hija mayor. Y podían viajar, quizá vivir en Londres durante unos años mientras afianzaba su clientela europea.

Sara estaba atónita. Matt era prácticamente un extraño. ¿Cómo iba a casarse con un extraño?

Pero lo pasaba tan bien con él, había una conexión tan estupenda entre ellos...

Nunca olvidaría los días que pasaron en Tahoe, pero ¿casarse con él, vivir con él para siempre? ¿Podría ser posible?

Por un momento, Sara se permitió soñar... ¿Qué quería en realidad? ¿Pasar el resto de su vida haciendo la declaración de Hacienda a clientes que no dejaban de protestar o viajar por todo el mundo con el hombre más interesante que había conocido nunca?

¿Se atrevería?

Amber tenía su propia vida ahora, con Jimmy. ¿Por qué no aceptar aquel ofrecimiento, por qué no aceptar la posibilidad de ser feliz?

Pasaban los segundos y la expresión de Matt se volvió muy seria.

—Olvídalo —dijo por fin, cerrando la cajita—. Ha sido una tontería.

—No, no... es que me ha pillado por sorpresa —contestó Sara—. Pero sí, acepto.

Se sentía joven, llena de vida. No se había sentido así desde... ¡nunca!

Matt la tomó entre sus brazos, besándola como no la había besado nunca. Y la gente que los rodeaba empezó a aplaudir.

Cuando el camarero se acercó, Matt dio un paso atrás.

—¡Una botella de champán, por favor! ¡Acaba de decirme que sí!

Luego le puso el anillo en el dedo. Le quedaba perfecto.

—No sabía si ibas a llamarme siquiera —empezó a decir Sara, estudiando la piedra con total incredulidad. ¿De verdad acababa de decirle que sí?

—Pero deberías haber imaginado que iba a buscarte. Eres demasiado especial como para dejarte ir. Te deseo, Sara, y no quiero que otro hombre se me adelante.

—Eso suena a frase hecha —rió ella, a punto de ponerse a llorar.

Tendría que cancelar su cita con Tim, pensó. ¿Cómo podía haber pensado que podría pasarlo bien con alguien que no fuera Matt?

—Nunca le había pedido a una mujer que se casara conmigo. En realidad, nunca pensé que me casaría, pero tú y yo hacemos buena pareja. ¡El mundo entero será nuestro!

Viajaremos, a veces por trabajo, pero muchas otras por placer. Puedes hacer una lista de los países que te gustaría visitar. No hay nada que nos ate...

—Suena fabuloso. Y quiero ir a Londres. No, espera, a París. ¿Qué tal Sidney?

—Iremos a todos esos sitios —sonrió Matt, besando su mano.

—¿Por qué nunca habías pensado que te casarías? —preguntó Sara entonces—. Eres un hombre fabuloso. Cualquier mujer estaría encantada de compartir su vida contigo

—Ah, un hombre nunca se cansa de oír eso —rió Matt, tomando la copa de champán que acababa de servir el camarero—. Por mi futura esposa. “Mi futura esposa”.

Sara, de repente, sintió pánico. ¡Iba a volver a casarse! Iba a confiar su futuro a aquel hombre al que había—conocido unas semanas antes. ¿Había perdido la cabeza?

—Por nosotros dijo, levantando su copa.

No, no se conocían mucho, pero confiaba en Matt por completo. Y conocer a alguien durante años no aseguraba nada, pensó. Su ex

marido era el ejemplo perfecto de eso.

—La semana que viene, Londres. Y luego, ¿quién sabe?

—¿Lo dices en serio? ¿Nos vamos a Londres?

—Por supuesto. Tienes tu pasaporte en regla, ¿no?

Sara negó con la cabeza. ¿Para qué iba a necesitar el pasaporte si nunca había salido del país?

—No te preocupes, te conseguiremos uno a toda prisa. Mañana mismo hablaré con mi secretaria... ¿Quieres que nos casemos por la iglesia o por lo civil?

—En mi iglesia, por favor. Pero tendré que pedir unos días libres en el trabajo... menos mal que aún me quedan días de vacaciones.

La enormidad de lo que iba a hacer empezaba a asustarla. Y le debieran o no vacaciones, a su jefe le daría un ataque cuando le dijera que quería marcharse justo en aquel momento, en medio del plazo de Hacienda.

¿Y qué diría la gente? Ninguno de sus amigos sabía que saliera con nadie.

—Deja tu trabajo, corta con todo, Sara. Vamos donde nos lleve la vida. Después de Londres, decidiremos dónde te apetece ir. Con la amenaza de actividades terroristas y virus informáticos, cada mes tengo que viajar a un sitio diferente. Estamos ampliando la empresa a tal velocidad que no tengo tiempo de entrenar empleados.

—Me encantaría visitar toda Europa y luego ir a Australia y Nueva Zelanda —dijo Sara, tan contenta como una niña en Navidad.

El sueño de su vida iba a hacerse realidad. Y estaría con Matt. Era increíble.

Tenía el corazón tan acelerado que casi le dolía. ¿Quién podría creer que Sara Simpson volvería a casarse y se dispondría a ver mundo?

—¿Dónde viviremos? Mi apartamento no es muy grande.

En realidad, era muy pequeño y casi todas las cosas de Amber seguían allí.

Amber... tendría que contárselo a su hija. ¿Qué diría cuando supiera que iba a tener un padrastro?

—Alquilaremos un apartamento. El mío tampoco es grande, así que encontraremos algo que nos guste a los dos.

—Tengo que llamar a Amber. Ni siquiera conoces a mi hija —

dijo Sara.

Él sacudió la cabeza.

—Nunca me imaginé como padre, la verdad. Menos mal que tu hija ya es mayor...

pero podríamos cenar juntos mañana. ¿Qué te parece?

—La llamaré en cuanto llegue a casa.

Esperaba que a Amber le gustase Matt. ¿Y si no era así?, se preguntó. No, no debía pensar eso. ¿Cómo no iba a gustarle si era maravilloso? Pasaron la cena hablando de la boda, de Londres, de sus planes... Y Sara se dio cuenta de que tenía un millón de cosas que hacer antes de la boda. —No puedo creer que vayamos a casarnos —dijo, cuando salían del restaurante.

—¿Te lo estás pensando?

—¡No!

Sara lo invitó a subir a su apartamento.

—Me encantaría, cariño, pero estoy agotado. Llevo despierto más de veinticuatro horas y tengo que dormir un poco. Te llamaré mañana para decidir dónde vamos a cenar con tu hija y su marido.

Mientras se besaban, contorsionándose en el estrecho deportivo, Sara se percató de que lo deseaba como no había deseado a nadie. Quería estar con él, pero podía esperar. Así cuando llegara el momento, sería más dulce.

En cuanto subió a su casa, llamó a Amber por teléfono.

—Hola, mamá. Te he llamado a la oficina, pero no estabas. Me ha llamado un hombre que decía ser amigo tuyo, pero yo no lo conocía de nada...

—Pues vas a conocerlo muy pronto. Su nombre es Matt Tucker.

—Nunca me has hablado de él. ¿Trabaja contigo? Ah, no, entonces sabría el número de tu oficina. ¿Quién es?

—A partir de esta noche, es mi prometido —contestó Sara.

El silencio al otro lado del hilo era ensordecedor.

—¿Amber?

—¿Tu prometido?

—Eso es.

—Pero yo no sabía que salieras con nadie. ¿Cuándo ha pasado?

—Me lo ha pedido esta noche. Vamos a casarnos la semana que viene e iremos de luna de miel a Londres.

¡De luna de miel a Londres! Sonaba como algo de una película.

Sara seguía sin creerlo.

—¿La semana que viene? Mamá, pero si no lo conozco siquiera. ¿Cómo vas a casarte?

No estarás embarazada, ¿verdad?

—No, no estoy embarazada —contestó Sara—. Matt y yo nos conocimos en Lake Tahoe después de tu boda. Pasamos unos días maravillosos y esta noche nos hemos dado cuenta de cuánto deseábamos estar juntos.

—¿Y vas a casarse la semana que viene? ¿No podríais estar prometidos durante algún tiempo?

—Jimmy y tú os casasteis casi sin avisar.

Genial, ahora estaba comparándose con su hija. Pero no tenía que justificar sus decisiones ante nadie, ni siquiera ante Amber.

Quizá no estaba segura del todo, pensó. Pero no. Quería casarse con Matt, explorar el mundo, vivir un poco. Sólo tenía treinta y ocho años.

—Pero yo no lo conozco —protestó su hija.

—Lo sé, lo sé. Matt y yo queremos invitaros a cenar mañana. Así lo conocerás.

—No sé si Jimmy puede... está en la base y trabaja casi todas las noches. Pero yo iré de todas formas. De hecho, quizá debería ir a tu casa ahora mismo... ¿está él ahí?

—No, acaba de volver de Holanda y tenía que descansar un poco. Lo conocerás mañana.

—Muy bien, de acuerdo. Mamá, esto es un poco raro... No te pega nada.

—Lo sé, hija.

Sara sonrió mientras colgaba el teléfono. No le pegaba nada porque no era algo que hubiera hecho la antigua Sara. Pero sí la nueva.

La semana pasó a toda velocidad. Matt y ella estuvieron el mayor tiempo posible juntos. Sus besos la dejaban sin aliento, pero él se contenía y cada noche la dejaba en el portal, como si temiera que, de acompañarla arriba, la tentación fuese demasiado fuerte.

Sara se sentía halagada y un poco frustrada por tanto respeto.

Iban a casarse en unos días, decía Matt. Podían esperar unos días para consumar el matrimonio. Ella no sabía si habría sido tan noble.

El jueves por la mañana amaneció claro. El cielo era de un azul profundo, sin nubes.

La brisa de la bahía era limpia y fresca. Un día perfecto para una boda.

Sara se puso un vestido de color crema y un tocado de plumas en el pelo. Había conseguido unos días libres en la oficina, aunque su jefe, el señor Pepovich, estaba preocupado por terminar con las declaraciones.

Sara no le había dicho que pensaba dejar el trabajo porque, en realidad, aún no había tomado una decisión. No le dejaría en la estacada, pero los planes que había hecho con Matt también eran importantes para ella. Estaba deseando explorar el mundo.

La ceremonia fue corta pero bonita. Dex era el padrino de Matt y Amber la madrina de Sara. Su hija no estaba contenta del todo con aquella boda, pero se mostraba más o menos cordial. Aunque no dejaba de cuestionarla constantemente, al final, la noche antes de la boda, tuvo que aceptar que aquello era una realidad. Por extraño que pareciese.

Después de la ceremonia hubo un pequeño banquete, celebrado en el restaurante favorito de Matt. Habían invitado a una docena de amigos cada uno y el chef preparó unos platos deliciosos y, por supuesto, una altísima tarta nupcial.

En un momento, Matt y Sara se vieron separados por compañeros de trabajo y amigos que les daban la enhorabuena. Diez minutos después, Sara ya lo echaba de menos y fue a buscarlo. Matt estaba hablando con Dex, de espaldas a ella, y Sara se quedó detrás, esperando para ver si intuía su presencia. Una chiquillada, desde luego.

—... parece que el play boy más famoso de San Francisco ahora es un hombre casado

—estaba diciendo Dex. Sara sonrió. De modo que Matt tenía fama de play boy.

Interesante, aunque no le sorprendía lo más mínimo.

—¿Por qué no? Sara es perfecta para mí. Quiere viajar y ya sabes que yo me paso el día de avión en avión. Es lo mejor que me ha pasado, Dex, te lo digo en serio. Podemos explorar el mundo, ir a todas partes. Pero tendremos un apartamento en San Francisco. ¿Cómo no va a gustarme la idea?

—¿Has pensado tener hijos?

Sara vaciló un momento. No habían hablado de formar una familia...

—Eso es lo mejor de todo. Sara tiene una hija casada y no creo que quiera tener más niños a estas alturas. Además, ¿me ves a mí como padre?

—No dejes que el pasado influya en tu futuro. Tampoco te veías casado, amigo mío

—rió Dex.

¿El pasado? Ese comentario sorprendió a Sara. Matt le había contado que creció con un tío suyo. ¿Habría ocurrido algo en su vida que lo hizo decidir no tener hijos?

En ese momento, Matt se volvió.

—Venga aquí, señora Tucker. Dex estaba diciendo que nos envidia.

Dex levantó su copa para saludarla.

—Os deseo una vida muy feliz.

—Gracias. Sospecho que nos veremos mucho a partir de ahora —sonrió Sara—. Y siempre serás bienvenido en nuestra casa.

—Oye, amigo, has elegido a una chica estupenda —sonrió Dex, dándole un golpecito en la espalda.

Amber se acercó entonces.

—Mamá, es hora de cortar la tarta. Y luego tendréis que iros. El avión sale en menos de cuatro horas.

Sara decidió que más tarde le preguntaría por el comentario de Dex. Por ahora, tenían otras cosas que hacer.

Cuando llegó el momento de tirar el ramo de novia, Sara se dio la vuelta y lo lanzó por encima de su cabeza. Cayó en los brazos de su compañera de trabajo y tuvo que soltar una carcajada al ver que Mary Ellen miraba directamente a Dex. Quizá el amigo de Matt sería el siguiente en pasar por el altar.

Media hora después, Matt le dijo que era hora de irse.

Sara abrazó a su hija, emocionada.

—Que seas muy feliz, mamá.

—Cuide de ella, señor Tucker —sonrió Jimmy.

—Seguro que vamos a ser tan felices como vosotros —dijo Sara, emocionada.

Amber hizo una mueca.

—Al menos, tu marido y tú tendréis un hogar. Jimmy sigue pensando que los barracones son su casa y nuestro apartamento un sitio al que va de visita de vez en cuando.

—Ya te he dicho que no será para siempre —protestó su marido.

—Vuelves pronto a Alemania, ¿no? —preguntó Sara.

—Sí, creo que sí. Pero esta semana no pienso moverme de tu lado, Amber —sonrió Jimmy, tomándola por la cintura.

—Que lo paséis bien en Londres —suspiró ella—. Sé que siempre has querido visitar la abadía de Westminster, el Big Ben y todo lo demás.

Sara y Matt se despidieron de todo el mundo. La vaga sensación de inseguridad que había sentido antes desapareció por completo. Iba a empezar una nueva vida, una vida emocionante al lado de Matt. El anillo de pedida brillaba en su dedo y esperaba que fueran siempre tan felices como en aquel momento.

Era por la mañana cuando llegaron a Londres, pero Matt no perdió el tiempo y la llevó de inmediato al hotel. Su sabiduría en la cama la dejó emocionada. Sólo tenía vagos recuerdos de su primer marido, pero no recordaba haber sentido la pasión que sentía por Matt. Los largos años de espera habían merecido la pena, pensaba a la mañana siguiente. Apretarse contra el costado de su marido era un placer que iba a repetirse durante el resto de su vida.

Matt abrió los ojos y empezó a besarla como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Y

Sara supo entonces que había encontrado a su alma gemela.

Los días en Londres pasaron volando. Sara inicialmente había tenido sus reservas sobre que Matt tuviera que trabajar durante la luna de miel, pero la verdad era que pasaba todo el tiempo posible con ella. Cuando tenía alguna reunión, le enviaba a Talia Cummings, una de las secretarias de la empresa, para que le hiciera compañía.

Nacida y criada en Londres, Talia era la guía perfecta.

Aunque lo pasaba muy bien con ella, Sara sólo quería estar con Matt. Disfrutaba de su presencia, de su proximidad como si fuera una adolescente enamorada. Vieron una obra de teatro en el West End, pasearon a caballo por Hyde Park, admiraron las joyas de la corona en la torre de Londres y tomaron té todos los días.

—Podría vivir aquí para siempre —le dijo un día, mientras

compraban regalos en Harrods—. Me encanta Londres.

—Aún quedan muchas cosas por ver. Y había pensado que nos instaláramos aquí durante un tiempo. ¿Qué te parece?

—¿De verdad?

—Claro que sí.

—Entonces podríamos ir a Stonehenge, Cotswolds...

—A Escocia, a Gales.

—Ah, ahora entiendo por qué eres el hombre perfecto. Sabes cómo hacer feliz a una mujer —rió Sara.

—Espero que no sólo viajando —bromeó Matt, acariciando su cuello con un dedo.

—No, no sólo viajando —contestó ella, preguntándose qué pensaría si sugería que volvieran al hotel en ese mismo instante.

La vida no podía ser más perfecta. Las preocupaciones, la angustia de criar a su hija, de darle una educación, de darle todo lo que necesitaba... todo eso había quedado en el pasado. Y, ahora, todos esos sacrificios tenían su recompensa.

Y qué recompensa: Matt y Londres. Y por eso decidió ser atrevida.

—¿Quieres que nos echemos una siestecita? —sugirió.

Él sonrió, con esa sonrisa que aceleraba su corazón.

—¿Tienes sueño?

—No exactamente.

—Yo tampoco, pero creo que volver al hotel sería muy buena idea.

Y eso hicieron.

Sara no había esperado que su vida fuera tan maravillosa, pero aquella semana en Londres no podría serlo más.

—Como luna de miel, no podría haber sido mejor —le dijo, mientras subían al avión que los llevaría de vuelta a San Francisco —. ¿De verdad quieres que vivamos en Londres?

—Yo creo que estaría muy bien.

¿Y Amber?, se preguntó Sara entonces...

—Ojalá hubiera podido estar más tiempo contigo.

—No te preocupes. Mientras tú trabajabas, yo iba de compras —rió Sara—. Ya te digo, una luna de miel perfecta.

—Ah, entonces en los siguientes viajes me inventaré varias reuniones para que tú puedas ayudar a la economía local —sonrió

Matt, rozando su frente con los labios—.

Ojalá estuviéramos solos en el avión —añadió, con los ojos oscurecidos—. Éste va a ser un viaje muy largo.

CAPÍTULO 4

CUANDO aterrizaron en el aeropuerto internacional de San Francisco estaba lloviendo. Sara iba en el coche prácticamente dormida. No había dormido nada durante el vuelo.

—¿Dónde vamos?

—A casa —contestó él.

—¿Tu casa o la mía?

A pesar del tiempo que había pasado desde que le pidió que se casara con él, no habían vuelto a hablar sobre cuál sería su hogar. Primero los planes de la boda, luego el viaje a Londres...

—Esta noche, en mi casa —contestó Matt—. A menos que prefieras ir a la tuya.

—Mi cama es más bien pequeña —dijo Sara, sintiendo que aquello era un poco surrealista. Llevaban una semana casados y ninguno de los dos había visto la casa del otro. ¿Tendría una cama grande o una de noventa como la suya?

—La mía es de metro y medio.

—Ah, entonces a tu casa.

—En la mía sólo hay un dormitorio, así que tendremos que vivir un poco apretados hasta que alquilemos otro más grande. A menos que quieras que vivamos apretados en el tuyo.

Sara consideró la idea. No, su apartamento tenía dos dormitorios, pero eran muy pequeños. Mejor en casa de Matt, decidió. Además, el tamaño de la cama era el factor decisivo.

Media hora después, entraban en el garaje de Matt y Sara prácticamente tuvo que arrastrarse para salir el coche. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que estuviera en la cama?

Cuando llegaron a la puerta, él la sorprendió tomándola en brazos.

—¿Qué haces? —rió.

—Dándote la bienvenida, señora Tucker —contestó Matt, buscando sus labios.

La fatiga de Sara desapareció de inmediato. Las caricias de su marido siempre conseguían despertarla.

Cuando el beso terminó, Matt cerró la puerta al resto del mundo.

A la mañana siguiente, Sara despertó primero y se quedó

apretada contra el pecho de su marido, maravillándose de los cambios que había experimentado su vida en unas semanas.

Aún no podía creer que estuviera casada, que hubiera estado en Londres en su luna de miel... Desgraciadamente, las lunas de miel no duraban para siempre y tenía que volver a trabajar. Y la esperaba una montaña de trabajo.

Lentamente, miró alrededor. El apartamento de Matt era austero, casi espartano. Una cama, una cómoda y una mesilla con una lamparita. ¿Le importaría que ella diese unos toques femeninos? Le gustaría, al menos, poner alguna fotografía, algún cuadro en las paredes.

La vista desde allí era espectacular. Quizá era por eso por lo que no tenía cuadros. Y

tampoco cortinas. La vista panorámica de la bahía de San Francisco y el Golden Gate era algo de lo que no se cansaría nunca. Ojalá pudieran encontrar otro apartamento con las mismas vistas.

—Finjamos que no volvimos anoche de Londres —dijo Matt.

Ella se volvió, emocionada al ver el deseo en sus ojos.

—¿Y?

—Y nos quedaremos aquí todo el día —contestó él, acariciándola.

—Me encantaría, pero tengo que ir a trabajar.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Pero no tengo que llegar hasta las nueve —dijo Sara entonces, con tono seductor.

—Y es temprano —dijo él, buscando sus labios.

ç—Tenemos que encontrar un sitio más grande —dijo Matt más tarde, mientras preparaban el desayuno. O, más bien, mientras Sara intentaba preparar el desayuno porque no había ni cereales, ni huevos ni leche. Encontró pan congelado y algo de queso, con eso tendrían que conformarse.

Matt hizo café, chocándose con ella más de una vez en la diminuta cocina. Sara no sabía si lo hacía a propósito o no... pero no le importaba.

—¿Dónde quieres vivir? —preguntó.

—En esta zona, pero en un apartamento más grande... hasta que decidamos si nos vamos a Londres. Hablaré con el administrador para ver si queda algún otro apartamento libre en el edificio.

—¿Y si no? —preguntó Sara.

—Entonces tendremos que buscar otro sitio. ¿Alguna sugerencia?

—No sé, pero me gustaría que fuera lo más cerca posible del mar. Ya sé que los apartamentos son más caros, pero...

—Sara, tengo suficiente dinero como para vivir donde tú quieras.

—Ah.

No habían hablado de dinero. De hecho, no habían hablado ni siquiera de lo más básico. Pero tendrían tiempo, se dijo.

—Tiene que ser un sitio que nos guste a los dos. Pero hasta que lo encontremos, habrá que conformarse con lo que hay.

—No importa. Es casi como estar de campamento —sonrió Sara —. Como pasar la noche con un amigo.

—¿Ah, sí? ¿Y con cuántos amigos has pasado tú la noche? —preguntó Matt.

—Con ninguno desde que nació Amber —suspiró Sara—. Pero Jenny Knight y yo solíamos dormir una en casa de la otra cuando estábamos en el instituto.

—Ah, te referías a amigas.

—Claro. ¿Creías que hablaba de hombres?

—¿Por qué no? Eres preciosa, encantadora, sexy. ¿Por qué no ibas a tener a cientos de hombres a tus pies?

Ella arrugó la nariz.

—La mayoría de los hombres no buscan una mujer con hijos.

—Ah, entonces he llegado en el momento adecuado... otra semana después de la boda de Amber y habrías tenido que apartar a los pretendientes con un látigo.

Riendo, Sara le echó los brazos al cuello. Amaba a aquel hombre.

Una semana de vacaciones era poco, pensaba Sara mientras entraba en su oficina.

Tenía más trabajo esperándola del que había imaginado.

—Ah, Sara —la saludó el señor Pepovich.

—Hola. Veo que les ha ido bien sin mí —sonrió ella, dejando el bolso en el cajón, como siempre.

—En absoluto. Supongo que hay más trabajo pendiente del que esperabas, pero no hay muchos economistas en los que confíe tanto

como en ti. No sabes cómo me alegro de que hayas vuelto.

—Gracias.

Sara llamó a su secretaria y empezaron a trabajar de inmediato. De vez en cuando, se paraba un momento para recordar su semana en Londres. Todo le parecía un sueño en aquel momento. Sólo los montones de papeles parecían reales.

Seguía trabajando a las seis de la tarde cuando sonó el teléfono.

—¿Mamá? No sabía que hubieras vuelto a San Francisco. Te he dejado varios mensajes en casa.

—No he pasado por casa, cariño. Llegamos anoche y nos quedamos en el apartamento de Matt.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Porque no tuve tiempo.

—¿Por qué? ¿El vuelo llegó con retraso?

No, no había llegado con retraso, pero no podía explicarle a su hija qué había pasado en realidad.

—No, bueno... el caso es que ya estoy aquí. ¿Cómo estás, cielo?

—Estupendamente. ¿Lo habéis pasado bien?

—De maravilla. Londres es precioso —contestó Sara. Y había disfrutado de cada segundo con su marido.

Pensar en Matt la hacía sentir algo por dentro.

—¿Quieres que cenemos juntas?

—¿Ocurre algo, hija? —preguntó Sara.

Amber soltó una carcajada.

—No, mamá, no pasa nada. Quiero que me cuentes qué tal tu luna de miel, nada más.

Si tienes tiempo, claro.

—¿Comemos juntas mañana?

—Claro.

—Nos vemos en el Pelican de la calle Montgomery a las doce.

—Muy— bien. Dile hola a mi nuevo papá.

Sara sonrió. Podía imaginar la cara de Matt si Amber empezaba a llamarlo «papá». Él había dicho que no se imaginaba a sí mismo como padre. Y ella tampoco. Era un hombre demasiado atractivo, demasiado sexy como para ser padre.

Matt estaba frente a la ventana, mirando la bahía. Eran más de las seis... ¿dónde demonios estaba Sara? Había llamado a su oficina, pero saltaba el contestador. Iba a tener que comprarse un móvil.

Además, debía recordar que estaba casada y había alguien preocupado por ella.

Por supuesto, habría un período de ajuste para los dos. Matt sabía que ella trabajaba hasta tarde, pero una cosa era saberlo y otra experimentarlo de primera mano.

Y la quería en casa, a su lado.

Cuando llegase, hablarían sobre lo de dejar su trabajo para poder estar juntos el mayor tiempo posible. Tenían muchas cosas que hacer, además. Buscar apartamento, comprar muebles nuevos...

En ese momento se abrió la puerta. Por fin. Cuando se volvió, su mujer le pareció más hermosa que nunca. Sara sonrió de oreja a oreja mientras se echaba en sus brazos y Matt se preguntó si querría posponer la cena para pasar un rato en el dormitorio.

—Pensé que no volverías nunca.

—Quería llegar antes, pero tengo una tonelada de trabajo —contestó ella, acariciando su cara. Matt besó su mano. Nunca habría esperado necesitarla de tal forma.

—Tendremos que salir a cenar. No hay comida en la nevera.

—¿Sueles cenar fuera?

—Sí, hasta ahora sí.

—Pues ahora tienes una mujer a la que le gusta cocinar, así que no tendremos que cenar fuera todos los días. Pero quiero cambiarme de ropa antes de nada —dijo Sara, entrando en el dormitorio.

Si tenía que quitarse la ropa de todas formas...

Matt la siguió.

Una hora después, entraban en un restaurante chino en la calle Lombard.

—Tengo que pasar por mi casa para buscar algo de ropa.

—Muy bien.

—Y también tenemos que pasar por el supermercado.

—¿Esta noche?

—Sí. ¿Qué pensabas desayunar mañana?

—Podríamos desayunar fuera.

—¿Desayunar fuera? —rió Sara—. Ni loca. Además, desayunar, comer y cenar fuera es carísimo.

Matt no dijo nada. No habían hablado del tema y sospechaba que Sara no sabía cuánto dinero tenía. Aste era una empresa de

éxito. Dex, Tony y él habían ganado millones en los últimos cinco años. Y él no se había gastado mucho. Aunque dejase de trabajar había invertido lo suficiente como para vivir cómodamente el resto de su vida.

—Sara, tengo suficiente dinero como para cubrir cualquier gasto. Si queremos cenar fuera todos los días, no es un problema. Si queremos contratar un cocinero, también estaría bien. Si tú quieres cocinar me parece estupendo, pero sólo si de verdad quieres hacerlo.

Sara lo miró, sorprendida.

—No sé... yo llevo años ahorrando cada céntimo. Cuando Amber era pequeña pasé unos años muy malos.

—Ya me imagino.

—No vivíamos en una casa bonita y no tenía dinero para comprarle juguetes. A veces tenía que ir andando al colegio y a la oficina porque no me daba para el autobús.

—Pero ya no tienes esos problemas —dijo Matt.

—No, ya lo sé. Ahora gano dinero, pero sigo mirando cada céntimo.

—Me refiero a ahora, estando conmigo.

Desde luego, no podía acusar a Sara de ser una buscavidas. Aparentemente, no le resultaba fácil recordar que estaba casada con él, que una pareja lo compartía todo. Él no necesitaba que su esposa trabajase. Y Sara no tenía que volver a preocuparse por el dinero.

—Ah, ya.

—Quiero que lo sepas porque me gustaría que dejases de trabajar. Si tú quieres, claro.

—¿Dejar de trabajar?

—Ya hemos hablado de ello, ¿no te acuerdas? Para que puedas viajar conmigo.

—Sí, me acuerdo. Pero aún no.

—¿Por qué no? Dentro de poco tendré que volver a viajar y me gustaría que vinieras conmigo.

—Si puedo conseguir unos días libres...

—¡Si puedes! Sara, deja ese trabajo y ven conmigo.

—No puedo dejar la empresa ahora —protestó ella—. Ya sabes que estamos hasta arriba de trabajo.

—Encontrarán otra persona, no te preocupes.

—Mi jefe me ha dicho hoy mismo que no confía en nadie más que en mí.

—Y seguro que hace bien, pero...

—Matt, no puedo dejarlo ahora —lo interrumpió Sara—. Y come. Podemos hablar de esto más tarde. Aún tenemos que ir al supermercado.

Matt comió en silencio, estudiando a su esposa. Aquella conversación no había ido como él esperaba. Pensaba que Sara estaría encantada al saber que el dinero no era un problema, que estaría contenta de dejar su trabajo.

Mujeres. Nunca podría entenderlas.

Sara se obligó a sí misma a comer, pero la comida le sabía a cartón. Intentó sonreír, como si no pasara nada, pero...

Sentía pánico al pensar en dejar su trabajo. Había hecho tantos sacrificios para llegar donde estaba, para conseguir un título universitario, para conseguir un buen puesto... ¿Cómo iba a dejarlo? ¿Qué pasaría si Matt la dejaba?

Miraba su plato, sin ver los rollitos de primavera, sin ver el cerdo agridulce. Lo que veía era a Bill, dejándola sola con Amber. Veía los años de lucha, el miedo en el que había vivido durante tanto tiempo.

¿Por qué temía que Matt la dejara? Las circunstancias eran completamente diferentes.

Él no era un crío, como su primer marido, sino un hombre maduro. Ella no era una mujer sin estudios, sin formación, ya no era la madre de una niña pequeña intentando llegar a fin de mes.

Pero la necesidad de seguridad era más fuerte de lo que había esperado. Ella no quería depender de nadie. ¿Y si Matt la dejaba? ¿Y si la relación no era tan idílica como parecía?

—He terminado —murmuró, dejando los cubiertos sobre el plato.

Por primera vez, reflexionó seriamente sobre dónde estaba y lo que había hecho.

Se había casado con un hombre al que apenas conocía. Por el momento, todo iba bien. Pero, ¿qué pasaría cuando no estuvieran de acuerdo en algo? ¿Cómo soportarían los malos tiempos si los hubiera?

¿Se atrevería a arriesgar su seguridad con un hombre al que

apenas conocía?

Amaba a Matt, pero mientras lo veía llamar al camarero se le ocurrió pensar que él nunca había dicho que la amaba.

“No seas boba”, se dijo a sí misma mientras salían del restaurante. Claro que la amaba. ¿No se lo había probado una docena de veces? Los hombres no decían esas cosas, pero que no lo hubiera dicho no demostraba que no fuera así.

—¿Dónde quieres ir primero, a tu casa o al supermercado?

—A mi casa. Vamos a ver qué hay en mi congelador, así sabremos qué hay que comprar...

—Tu antigua casa —la corrigió Matt.

—Sí, perdona.

Tardaría algún tiempo en acostumbrarse. Y cuanto antes encontrasen un apartamento, mejor. Por mucho que dijera, aquél era el piso de Matt, como el suyo era suyo. El ni siquiera había querido alojarse en su casa mientras ella había aceptado hacerlo en la suya.

A la mañana siguiente, Sara estaba hasta las cejas de trabajo y se preguntó si habría duendecillos produciendo nuevas declaraciones por las noches, cuando nadie los veía.

A pesar de todo, dejó las declaraciones esperando para comer con Amber. La echaba de menos. Había pensado que sería genial vivir en Londres, pero ahora no estaba tan segura. Amber estaría tan lejos... Pero no tenían que decidirlo inmediatamente.

Lo que quería era saber cómo le iba, si Jimmy sabía ya dónde iban a destinarle. Saber si estaba contenta con su nueva vida de casada.

Sara llegó antes y eligió una mesa al fondo del restaurante. Cuando llegó su hija, se levantó para darle un abrazo.

—Cuánto me alegro de verte, cariño —sonrió, apartando el pelo de su cara.

—Yo también me alegro de verte, mamá. Jo, pareces diez años más joven. Estar casada te sienta bien.

—Estar casada con Matt —sonrió Sara—. Oye, pareces cansada.

—Un poco. Estoy estudiando todas las noches.

—¿Qué tal la vida de casada?

—Bien. Pero no es lo que yo esperaba —contestó su hija.

—¿No? ¿Por qué?

—La verdad es que no parece que esté casada. Jimmy está en la base y sólo pasa los fines de semana conmigo.

—¿Por qué?

—Porque hay demasiado tráfico como para que venga a dormir a casa todos los días

——contestó Amber, tomando un sorbo de agua—. Pensé que sería de otra manera, pero yo sigo estudiando y él sigue en el ejército. Dentro de una semana, vuelve a Alemania.

—Será diferente cuando viváis juntos, mujer —intentó animarla Sara.

—Lo sé. Cuando vuelva definitivamente a Estados Unidos, espero que nos manden a otro estado. No quiero seguir en California.

—¿Por qué? —preguntó Sara, alarmada. Ella quería estar cerca de Amber...

—Virginia me vuelve loca, mamá. Viene a casa todos los días para llevar comida, como si yo no supiera cocinar —protestó su hija —. Siempre dice: “a Jimmy le encantan mis magdalenas” o “a Jimmy le vuelve loco mi pastel de limón”.

—Es hijo único, supongo que es normal.

Amber sonrió.

—Bueno, cuéntame qué tal tu luna de miel.

—Maravillosa. Hemos visto el Big Ben, el Parlamento, la abadía de Westminster, el palacio de Windsor... Subimos a uno de esos autobuses de dos pisos y...

—Mamá, no quiero que me hagas de guía turística, quiero saber qué tal con Matt.

—Genial —contestó Sara.

—Cuéntamelo todo.

—No puedo. No estaría bien. ¡Si hubiera sabido lo que me estaba perdiendo habría empezado a salir con hombres cuando tú tenías un año!

—No habrías encontrado a muchos hombres como Matt Tucker. Yo creo que es único.

—Sí, es verdad —suspiró Sara, mirando su reloj. Faltaban seis horas para ver a su marido de nuevo.

Habían pasado casi ocho horas cuando, por fin, Matt llegó a casa. Sara había hecho la cena y llevaba preocupada desde las siete.

Cuando abrió la puerta dejó escapar un suspiro de alivio.

—Pensé que te habías perdido.

—He tenido un día horrible —suspiró él, besándola. Luego levantó la cabeza y olisqueó el aire—. Huele de maravilla y no eres sólo tú.

—Nada especial, espagueti con carne, pan de ajo y ensalada. Este fin de semana tenemos que llenar la despensa.

—No estaremos aquí el fin de semana —dijo Matt, quitándose la chaqueta—. Haz la maleta, cariño, nos vamos a París.

—¡A París!

Su ciudad favorita. Había soñado siempre con ver el Sena, subir a la torre Eiffel y ver la ciudad de la luz por la noche.

—No puedo —dijo entonces, entristecida.

—¿Cómo que no puedes? Dijiste que querías conocer París.

—Sí, pero no puedo pedir otra semana libre.

—Deja ese maldito trabajo.

Ella levantó la cabeza como si la hubiera abofeteado.

—Es mi trabajo, Matt. Yo no te pido que dejes el tuyo.

—Yo gano más dinero y puedo viajar cuando quiera. Pensé que querías conocer el mundo, ir a todos esos sitos con los que siempre habías soñado.

—Sí, pero dejar mi trabajo...

—Está bien ser independiente, Sara. Te admiro por todo lo que has hecho, en la vida, pero vive un poco, ven conmigo.

Era una tentación, pero... no podía dejar su trabajo. No podía ser tan irresponsable.

Tenía un buen trabajo, su jefe la respetaba y sus compañeros eran muy agradables.

No podía dejarlo todo para irse a París.

—No puedo, Matt.

—¿No puedes o no quieres?

—Sé razonable. No puedo dejarlo todo así como así.

—Pero habíamos planeado viajar, ver juntos el mundo. Eso es lo que dijiste que querías —protestó él.

—Y quiero hacerlo. Pero no puedo tomarme unos días libres hasta el mes de mayo.

—¿Vas a cambiar París por un montón de declaraciones de Hacienda?

—Seguro que iremos en alguna otra ocasión —suspiró Sara, haciendo un esfuerzo para no echarse en sus brazos y decir que sí, que iría donde él quisiera—. ¿No lo entiendes?

—No. Tú dijiste que querías viajar... No tienes que trabajar, Sara. Yo tengo dinero suficiente para los dos.

En ese momento sonó el timbre del horno y Sara se volvió, alegrándose de la distracción. ¿Cómo iba a explicarle que necesitaba seguir trabajando sin hablar de su mayor miedo: que él la dejase algún día como había hecho su primer marido?

CAPÍTULO 5

MATT volvió a intentar convencerla durante la cena, pero cuando ella dijo que no dejó el tema.

—En fin, tengo que irme mañana por la tarde.

—Lo siento.

—Olvídalo. Tienes razón. París siempre estará ahí. Por cierto, mi secretaria ha hecho una lista de los apartamentos disponibles en esta zona. ¿Quieres que echemos un vistazo?

—Sí, claro.

Cualquier cosa para dejar el tema. Cualquier cosa para olvidar su desilusión. ¿Qué había sido de la Sara aventurera, la que quería empezar una nueva vida?

Cuando terminaron de guardar los platos en el lavavajillas, Sara se sentó con Matt en el sofá, mirando la lista de apartamentos. Vio que los alquileres eran altísimos, pero se mordió la lengua. Matt había dejado claro que podía permitírselo, pero iban a tener que gastar una enorme cantidad de dinero al mes. Sería mejor conservar su trabajo... incluso debería pedir un aumento de sueldo. —Podemos ir a verlos mañana por la mañana.

—Muy bien. Entonces, nos levantaremos temprano —sugirió Sara.

—Buena idea. Y eso significa que deberíamos irnos a la cama temprano —sonrió Matt, abrazándola.

A la mañana siguiente desayunaron en el café en el que Matt solía desayunar antes de estar casado. Los cruasanes estaban calentitos, deliciosos, y Sara podría haberse quedado allí todo el día, pero tenían que ir a ver apartamentos. Matt se marcharía por la tarde a París.

El primero de la lista era un apartamento estupendo, pero no se veía el mar. Sara negó con la cabeza y Matt se despidió del agente inmobiliario. Tampoco les gustó el siguiente. Ni el siguiente. A las tres, Matt empezó a mirar el reloj.

—¿Tienes que irte ya? —preguntó Sara.

—Podemos ver otro apartamento, pero luego debo irme al aeropuerto. Mi avión sale a las seis.

—Entonces, vamos a casa. No quiero ver más apartamentos. No

sabía que fuera tan difícil encontrar lo que queremos… Una pena que no podamos, alquilar el que está al lado del tuyo y tirar una pared.

—Encontraremos algo, no te preocupes. Tú puedes seguir mirando mientras yo estoy en París. Si te gusta uno, iremos a verlo cuando vuelva.

Sara asintió, intentando disimular la desilusión de que su marido volviera a irse de viaje tan pronto. Pero Matt le había dicho que viajaba continuamente. Él estaba acostumbrado, pero se preguntaba si se acostumbraría ella.

Ella estaba acostumbrada a la rutina, a ir a su oficina todos los días, y eso le daba cierta seguridad… quizá se había engañado a sí misma, quizá no era tan aventurera como había creído.

Cuando Matt se marchó, se sentó en el vacío salón, preguntándose qué iba a hacer durante el fin de semana. Ir de compras no le apetecía. Ni ver apartamentos sin él. Si estuviera en su casa, tendría muchas cosas que hacer…

Quizá debería volver a su casa. Podía empezar a hacer cajas, librarse de cosas que no le hacían falta.

El sonido del timbre la sorprendió. No esperaba a nadie.

Cuando abrió la puerta, se vio frente a una rubia con una camisa ajustada y unos vaqueros más ajustados todavía.

—Hola, ¿está Matt?

—No, se ha ido a París.

—Ah, qué suerte. Siempre está en algún sitio fabuloso. ¿Eres la última?

—¿La última?

—Novia. Yo soy Leslie White. Matt y yo salimos juntos hace unos meses y creo que me dejé aquí mi barra de labios favorita. No la encuentro por ninguna parte.

—Pues yo no la he visto —dijo Sara.

—Podría estar en el cuarto de baño. O en la mesilla. ¿Podría echar un vistazo?

—preguntó Leslie.

—Sí, claro —Sara dio un paso atrás y la rubia fue directamente al cuarto de baño. Era evidente que conocía bien la casa.

Sara sintió una punzada de celos. Aquella chica era joven, guapa, delgadísima, con un tipazo. Pero representaba el pasado.

Porque Matt era su marido.

—No, no está aquí —suspiró la rubia—. ¿Estás viviendo con él?

—Estoy casada con él —contestó Sara.

—¿Casada? ¿Matt se ha casado? ¡No me lo puedo creer!

—Nos casamos hace casi dos semanas.

La rubia la miraba con los ojos como platos.

—Si hubiera sabido que Matt es de los que se casan lo habría intentado. Qué suerte que lo hayas pillado, chica.

—No lo he pillado.

Leslie se cruzó de brazos.

—Nunca pensé que se casaría con nadie.

—¿No?

—Matt nunca se queda mucho tiempo en ningún sitio. En fin, una pena que no encuentre mi barra de labios. Era mi favorita y ya no fabrican ese color.

—Si está aquí la encontraré, no se preocupe —dijo Sara, intentando no imaginar a aquella rubia con Matt.

Pero era duro compararse con aquella chica tan joven, tan moderna y tan guapa.

—Saluda a Matt de mi parte. Él sabe mi teléfono… por si encuentras mi barra de labios.

Cuando se marchó, Sara se quedó pensativa. Había oído decir a Dex que Matt había sido un play boy y entonces se sintió halagada de que la hubiera elegido a ella. Pero ahora no estaba tan segura.

El sentido común le decía que olvidara el asunto, pero no podía dejar de compararse con aquella chica tan joven. ¿Qué habría visto Matt en ella para pedirle matrimonio?

Desde luego, había atracción entre ellos. Y Matt le había dicho que quería viajar con alguien.

En ese sentido, lo había defraudado.

Incómoda, se puso la chaqueta y fue a su apartamento para seguir con las cajas. Allí, entre sus cosas, se quedó dormida, pensando que el último mes había sido un sueño y que al día siguiente despertaría de vuelta en su rutina normal.

A la mañana siguiente empezó a guardar cosas. A las doce, su habitación y el salón se habían quedado sin fotografías, adornos y libros, todo guardado en cajas.

Tendría que hablar con Amber para que sacara sus cosas de allí.

Prácticamente lo había dejado todo como estaba cuando se mudó a un estudio cerca de la facultad.

Sara quería alquilar un apartamento con una habitación de invitados para que su hija y Jimmy pudieran ir a verlos cuando volvieran a Estados Unidos y cuando se lo había comentado a Matt, le había parecido bien. Se limitó a sacudir la cabeza, diciendo que aún no podía creer que tuviera una hija casada. Sara había bromeado, llamándolo "papá" y soltó una carcajada al ver su expresión.

—Nunca me he visto como padre.

—¿Y cómo te veías de niño?

—Como un pirata, en general. O un comisario en un pueblo del Oeste. Hasta que descubrí los ordenadores.

Cuando Sara llegó al apartamento el contestador tenía la luz encendida.

—¿Sara? —era la voz de Matt—. ¿Estás ahí? Yo estoy en el hotel...

Luego le daba el número de teléfono, que ella anotó rápidamente. No había pensado que la llamaría desde el hotel. Pero cuando comprobó la diferencia horaria se dio cuenta de que en París sería más de medianoche, demasiado tarde para llamar.

Sara volvió a escuchar el mensaje, encantada de oír su voz. Lo llamó por la mañana, pero ya se había ido del hotel.

—Seguramente estará trabajando —se dijo a sí misma mientras tomaba un café.

Lo llamaría por la noche.

Pero, a pesar de que llamó casi cada hora, no consiguió hablar con él. Cuando llegó a casa, estaba furiosa. ¿Dónde estaba Matt? Por fin, una hora después consiguió oír su voz.

—¿Sí?

—Siento que no pudiéramos hablar ayer.

—Hola, cariño. Te llamé hace un rato, pero me dijeron que estabas en una reunión.

—No me han dado el mensaje. ¿Cómo estás?

—Bien. Deberías haber venido, hace un tiempo estupendo. París está lleno de flores y no hay tantos turistas como en verano.

—Ojalá hubiera podido ir —suspiró Sara—. Pero aquí también hace buen tiempo.

¿Cuándo vuelves?

—El jueves por la tarde, espero. Si sigue haciendo buen tiempo, podría pedirle prestado el barco a Tony.

—Ah, qué bien.

—¿Dónde estabas cuando llamé ayer?

—En mi casa, guardando cosas.

—En tu antigua casa.

—Bueno, sí, tonto.

—¿Has visto algún apartamento?

—No. No me apetecía hacerlo sin ti.

—Si vamos a navegar el sábado, podríamos ver apartamentos el domingo.

—Muy bien. Te echo de menos, Matt —dijo Sara. Más de lo que él podía suponer. En muy poco tiempo se había convertido en una persona fundamental en su vida.

—Yo también te echo de menos. La próxima vez tienes que venir conmigo. Hay tantas cosas que me gustaría enseñarte... París te encantaría.

—Quiero verlo todo.

—Pero no hasta que hayas terminado con las declaraciones —bromeó él.

Sara sonrió. Quizá la comprendía después de todo.

—Eso es. Ah, por cierto, una amiga tuya ha pasado por aquí —dijo entonces, recordando a Leslie—. Estaba buscando una barra de labios que se había dejado. Se llama Leslie White.

Al otro lado del hilo hubo una pausa.

—No creo que se haya dejado nada en mi casa —dijo Matt.

—No la encontramos, pero le dije que la llamaríamos si aparecía. Según ella, tú tienes su número de teléfono.

—Trabaja en una empresa asociada a la mía y estuvimos saliendo durante un tiempo, pero no tienes que preocuparte.

—Ya, claro —Sara deseaba no sentir celos, pero así era—. Que lo pases bien y vuelve pronto.

—Te llamaré mañana a esta hora.

—No, es muy tarde en París.

—Pero no podemos hablar mientras estás trabajando. Y no pienso esperar hasta el jueves para oír tu voz otra vez. Te llamaré mañana.

Sara colgó. Debería haber ido con él. Matt no era como su primer marido y las circunstancias eran completamente diferentes. No iba a dejarla. Tenía que convencerse de eso.

Y ya que estaba deseando imposibles, desearía no haber conocido a su amiguita.

Porque tenía miedo de que, un día, Matt despertara y, horrorizado por lo que había hecho, la dejase también.

De repente, oyó un ruido y al levantar la cabeza vio a su marido entrando en su despacho.

—¡Matt!

—Le dije a Stacey que te alegrarías de que te interrumpiera —dijo él, abrazándola.

La oficina desapareció, las declaraciones desaparecieron. Nada importaba más que estar en los brazos de su marido.

—No sé si quiero seguir viajando sin ti —dijo Matt, después de besarla—. No sabes cómo te he echado de menos.

Sara no dijo nada, pero había tomado una decisión: dejaría el trabajo cuando terminasen con las declaraciones. Quería compartir su vida con Matt y si eso significaba dejar su trabajo, lo haría.

—Me alegro tanto de verte.

—¿Podemos irnos? —preguntó Matt.

—Sí. Espera, mi bolso.

Ni siquiera se molestó en limpiar su mesa.

—Volveré por la mañana, Stacey.

—Que lo paséis bien —dijo su secretaria.

—¿Quieres que cenemos fuera? —preguntó Matt—. Me apetece cenar algo rápido y luego irnos a la cama.

—Me parece muy bien —asintió ella, apretando su mano. ¿Que diría si sugiriese que olvidaran la cena?

El jueves, Sara estaba esperando ansiosa la llegada de Matt. No hacía más que mirar el reloj, deseando que llegara la hora de salir de la oficina...

Tony les prestó el barco el sábado y, esa mañana, Sara despertó emocionada.

Después de ducharse se puso un jersey grueso porque Matt le había dicho que, aunque hiciera buen tiempo, en el mar haría fresco.

Cuando llegaron al puerto, se quedó sorprendida al ver aquel

barco tan elegante. Y

cuando Matt se lo enseñó por dentro, descubrió que era prácticamente como una casa.

Después de explorar el interior, salió a cubierta, donde Matt estaba estudiando las cartas marinas. El movimiento del barco la hacía sentir un poco mareada, pero no dijo nada. Aquélla era una nueva aventura. Tendría muchas con Matt. Y quería vivirlas todas.

—¿Dónde vamos?

—Había pensado ir a Sausalito a comer. Y luego podríamos pasar por debajo del Golden Gate.

—¿Qué tenemos que hacer?

Matt le dio unas instrucciones básicas y enseguida empezaron a navegar. Sara seguía sintiéndose mareada y, cuando salieron del puerto, el mareo empeoró, de modo que no podía hacer nada más que intentar no vomitar en cubierta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Matt.

—No, pero se me pasará enseguida. Estoy un poco mareada. La falta de costumbre

—intentó sonreír ella. Tenía que controlarse.

A Matt le encantaba navegar y quería que lo hicieran todo juntos.

—Estás muy pálida.

—Es que...

Sara no pudo terminar la frase. Tuvo que salir corriendo al baño y, cuando terminó de vomitar, se miró al espejo. Estaba horrible.

—¿Sara? ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. ¿Qué haces aquí? Deberías estar controlando el timón.

—He izado las velas. Estamos navegando sólo con el viento. ¿Estás bien? Voy a ver si Tony tiene un botiquín por ahí.

—Es la primera vez que subo a un barco, pero ya estoy mejor.

—¿Quieres que volvamos al puerto?

—No, no. Se me pasará enseguida. Quiero que comamos en Sausalito.

Sara intentó concentrarse en el horizonte. Había oído que mirando el horizonte se pasaba el mareo. Pero con ella no funcionaba. Se encontraba fatal.

Por fin, llegaron a su destino y cuando saltó al muelle dejó

escapar un suspiro de alivio.

—Podríamos comer en un bar de sushi que hay por aquí —sugirió Matt.

La idea de comer pescado crudo casi hizo que Sara volviese a vomitar allí mismo.

—No, aún no. No se me ha pasado el mareo del todo. En realidad, preferiría tomar un caldo caliente o algo así.

—Por aquí hay muchos restaurantes.

Pasearon por el puerto, visitando algunas tiendas de artesanía, comentando sobre los típicos cafés con terracita… Mientras paseaban, empezó a sentirse mejor. Pero temía el viaje de vuelta.

Otra desilusión. Quizá no estaba tan preparada para vivir la vida como había esperado. Esperaba que Matt no se llevara un disgusto, pero la verdad era que estaba estropeándole todos los planes.

Matt apretó su mano. Le había desilusionado que ella no disfrutara del mar tanto como él. Y si el viaje desde San Francisco a Sausalito la había puesto tan enferma, nunca podrían hacer un viaje largo.

—Aquí tienen sopa y sándwiches. ¿Quieres que entremos?

Sara sonrió.

—Me gustaría comer en el patio.

—Si no te encuentras bien, puedo llamar a Dex o Tony para que vengan a buscar el barco. No tenemos que volver por mar.

—Me encuentro mucho mejor, en serio. Lo siento, no sabía que iba a ponerme tan mala.

—Es que aún no estás acostumbrada.

—Sí, supongo que así es.

—Si no te gusta navegar, haremos otra cosa —sonrió Matt.

No sabía qué podrían hacer. A él le encantaba la libertad del mar. Si no tuviera que viajar tanto se habría comprado un barco, pero con su estilo de vida sería un gasto inútil.

—Vamos a comer, a ver cómo te sientes.

Después de comer, Sara insistió en que estaba bien. Matt compró dos helados y pasearon por las calles de la mano, mirando escaparates y disfrutando de la buena temperatura.

—¿Nos vamos? —preguntó Sara.

—¿No quieres que llame a alguien para que venga a buscar el barco?

—No, estoy lista para navegar. Vamos, capitán, el barco espera.

Matt se sintió aliviado al ver que no sólo estaba bien, sino que insistía en ayudarlo con el timón. Se habían conocido muy poco tiempo atrás, pero tenía la impresión de que se conocían desde siempre.

Él no solía analizar sus relaciones. Quizá porque, normalmente, lo suyo no eran exactamente relaciones, sino aventuras sin consecuencia. Pero Sara era diferente. Con ella, todo era diferente.

Al día siguiente irían a ver apartamentos otra vez. Y esperaba encontrar algo que les gustase a los dos.

—¡Esto es genial! ——exclamó Sara—. ¡Ay, estamos muy cerca del muelle! ¿No deberías ir más despacio?

—No te preocupes, todo está controlado —rió Matt.

Una vez en el muelle, Sara le echó los brazos al cuello.

—Qué divertido. ¿Podemos volver pronto?

Él la apretó contra su pecho, mirando hacia la cabina. ¿Deberían bajar o podría esperar hasta que llegasen a casa?

—Mientras Tony no necesite el barco... Podríamos navegar el fin de semana que viene.

Ir a alta mar.

—No sé, quizá sea demasiado pronto para eso. Vamos a explorar la bahía antes. No quiero arriesgarme.

Matt rió. Sus ojos brillaban, su sonrisa era contagiosa y sus mejillas, besadas por el viento, parecían las de una niña. Le gustaría verla siempre así de feliz.

Encontraron un apartamento perfecto al día siguiente. Dos dormitorios, un gran salón y una cocina suficientemente grande como para que pudieran lavar los platos sin chocarse. Estaba sólo a dos manzanas de su casa y tenía la misma vista.

En aquel momento estaba ocupado, pero los inquilinos se irían en menos de un mes.

—Sólo tenemos cuatro fines de semana para organizar la mudanza —dijo Sara—. Tengo que hablar con Amber para que se lleve sus cosas.

—¿De verdad te gusta el apartamento?

—Me encanta. Por fin vamos a tener nuestra propia casa.

—Esta también es nuestra casa —protestó Matt.

—Bueno, pero...

—¿Pero qué?

—Pero en el nuevo apartamento no habrá recuerdos de antiguas novias.

Matt levantó una ceja.

—Lo dices como si yo hubiera organizado orgías aquí.

—¿Y es así?

El negó con la cabeza.

—Era una broma, tonto.

Pero después de la visita de Leslie, me siento como si fuera una más de la lista.

—No digas eso.

—Sí, bueno... pero la verdad es que estoy deseando que nos mudemos.

—Leslie es el pasado, cariño. Pero si no te gusta estar aquí, podemos ir a tu casa.

—No, está bien. Pero me alegro de que nos vayamos. No tienes que irte a Europa,

¿verdad? No quiero hacer la mudanza sola.

—Estaré aquí para hacer la mudanza, no te preocupes.

CAPÍTULO 6

EL MARTES por la tarde, Sara estuvo a punto de quedarse dormida en la oficina.

Estaba agotada. Llevaban haciendo cajas desde el domingo, acostándose tarde para organizarlo todo… y haciendo el amor antes de dormirse. Tenía más trabajo del que podía controlar, pero después del piropo de su jefe no quería defraudarlo.

Sara se levantó con la intención de dar un paseito, para ver si se despejaba un poco.

A lo mejor un café o un refresco con cafeína podrían ayudarla. Ni siquiera veía los números.

Entonces sonó el teléfono.

—Sara Tucker.

—Me gusta cómo suena eso.

—A mí también. ¿Qué haces? —preguntó Sara—. ¿No me digas que tienes que volver a marcharte?

—A Estocolmo. Pero sólo un par de días.

—Dijiste que estarías aquí para la mudanza…

—Estaré aquí, te lo prometo. Me llevo a uno de los nuevos ejecutivos y en cuanto esté seguro de que puede solucionar el problema, volveré a San Francisco. No creo que esté fuera más de dos días.

Sara no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Era su trabajo. Lo había sabido desde el principio.

Estocolmo.

Sara miró la montaña de papeles. Quizá debería despedirse en aquel mismo instante y marcharse a Europa con su marido.

—Lo siento, cariño.

—No lo sientas. Ojalá pudiera ir contigo.

—Pide unos días libres.

—No, ahora no puedo, ya lo sabes. Pero voy a presentar mi carta de dimisión antes de lo que esperaba.

—Estupendo. Nos instalaremos en el nuevo apartamento y estaremos listos para ir de acá para allá en cuanto nos llamen.

—Espero que te manden pronto a París.

—Veremos qué se puede hacer.

—No te irás antes de la cena, ¿verdad? —preguntó Sara.

—No, me voy mañana, pero he pensado que lo mejor sería decírtelo cuanto antes.

—Jo, lo dices como si yo fuera un ogro.

—No, pero así se te pasa el enfado antes de que llegues a casa.

Sara rió.

—Tendrás suerte si permanezco despierta más de una hora. Estoy agotada.

—Entonces, nos iremos temprano a la cama, te lo prometo.

La conversación despertó un poco a Sara, que se lanzó al trabajo con renovado entusiasmo. Cuanto antes terminase, antes podría irse a casa.

Amber llamó cuando Matt y Sara estaban terminando de cenar.

—Hola, cariño.

—Mamá, Jimmy se marcha por la mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí, eso parece. No lo entiendo. ¿Es que no tienen suficientes expertos en telecomunicaciones en las bases alemanas?

—¿Está él ahí contigo?

—No, está en la base. Nos hemos despedido antes. Me da mucha rabia, pero no puedo hacer nada. En fin, sólo quería lloriquear en tu hombro.

—Lloriquea todo lo que te parezca, hija. Pero volverá dentro de un par de meses y entonces podréis buscar una casa... como Matt y yo.

—¿Habéis encontrado casa? Cuéntame —dijo Amber, entusiasmada.

Sara le habló del apartamento y del viaje de Matt a Estocolmo.

—¿No pensabas ir con él a todas partes, mamá? Dile que si tú no puedes, yo me voy con él encantada.

—Qué graciosa. Me encantaría ir con él, pero ahora mismo tengo mucho trabajo.

Además, tú tienes que estudiar.

—Era una broma, tonta. Tengo exámenes dentro de nada. Pero me encantaría ir a Estocolmo o a París o donde fuera.

—Se lo diré. ¿Quieres que cenemos juntas una noche, ahora que vamos a quedarnos solas?

—Sí. Me apetece comer pizza.

—Te llamaré mañana.

Sara colgó y Matt le preguntó por Amber.

—Se siente un poquito sola, creo. Jimmy se marcha mañana.

—Tú puedes hacerle compañía mientras yo estoy fuera.

—Sí, hemos quedado para tomar una pizza. Y dice que la tengas en cuenta para ir a París o a Estocolmo... cuando termine sus exámenes.

—No, imposible. Sólo quiero ir contigo —contestó él, tomándola por la cintura.

El jueves, Sara estaba convencida de que le pasaba algo. No se sentía bien. Y estaba tan cansada. Cuando Stacey entro en su despacho, la miró, preocupada.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

—Gracias por animarme. La verdad es que me encuentro fatal. No sé si debería irme a casa —dijo Sara. Temía que, si cerraba los ojos, no podría despertaren un mes.

—Sí, mejor. Y pásate por la farmacia.

—¿Crees que es la gripe?

—No, creo que deberías comprar un test de embarazo.

Sara la miró, perpleja.

—¿Cómo?

—Me has oído perfectamente.

—Pero eso no puede ser. Lo hemos hecho... con protección.

—La única protección de verdad es no hacerlo —rió Stacey—. Y sospecho que ése no es el caso.

Sara se quedó pegada a la silla. No podía estar embarazada. Tenía una familia: Amber.

Matt no quería tener hijos ni sentirse atado. Quería viajar por todo el mundo, poder marcharse cuando quisiera, cambiar de país, viajar en barco...

No podía estar embarazada. No podía pasar por eso otra vez, no a su edad, no cuando quería viajar y ver mundo. Habían hablado de mudarse a Londres, no de las responsabilidades de la maternidad. Quería una oportunidad para vivir, no otro hijo.

Atónita, tomó su bolso y salió del despacho. Tenía que saber. Si el test daba resultado negativo estaba preocupándose por nada.

¿Pero y si daba positivo?

Intentando no asustarse hasta que lo supiera seguro, Sara entró

en la farmacia y después fue prácticamente corriendo a casa. Una vez allí miró el aparatito, conteniendo el aliento mientras esperaba el resultado.

Positivo.

Entonces sintió náuseas.

Lo último que deseaba era formar otra familia. ¿Qué diría Matt?

Bill se había mostrado positivo al recibir la noticia... y luego la abandonó cuando la niña tenía tres meses.

¿Qué haría Matt? Él no quería hijos. Habían planeado su futuro y en él no cabían los niños.

Oh, no. ¿Se atrevería a dejar su trabajo ahora? ¿Y si volvía a ser una madre soltera?

Necesitaba dinero y seguridad. No podía volver a sufrir lo que sufrió con Amber.

Paseando por el baño, Sara intentó pensar. Pero no podía concentrarse en una sola cosa.

Tenía que decírselo a Matt. ¿Pero cómo? Tendría que decidir lo que iba a hacer.

¿Quedarse en la oficina? ¿Viajar todo lo posible hasta que naciera el niño? ¿Y luego qué?

¿Podría tener un niño en el nuevo apartamento? Sara empezó a llorar. Sus planes de futuro estaban destrozados y no sabía qué hacer.

Por primera vez desde que conoció a Matt, Sara no quería verlo. Esperaba que aquel viaje acabara siendo complicado y tuviera que quedarse un mes en Estocolmo. Así tendría tiempo para pensar. Aunque la situación no iba a cambiar, claro.

¿La dejaría Matt cuando se lo dijera? ¿Le pediría que se fuera? ¿Habría otras chicas como Leslie esperando para volver con él?

Sara se pasó un paño húmedo por la cara. Un niño debería ser una alegría. En lugar de eso, estaba angustiada por el futuro.

Recordaba lo asustada que se sintió cuando supo que estaba embrazada de Amber.

Entonces era tan joven, dieciocho años, y quería hacer tantas cosas...

Había conseguido una segunda oportunidad en la vida para hacer todo lo que no había podido hacer de joven y, de nuevo, estaba embrazada. Entonces sonó el timbre.

—¿Mamá? Soy yo.

Amber.

Ni siquiera había pensado en lo que diría Amber. Sara se acercó a la puerta, nerviosa.

Habían quedado para cenar esa noche.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—Entra —dijo Sara, con lágrimas en los ojos.

Pero aquélla era una ocasión feliz. No quería que su hijo sintiera que no era querido.

Aunque el momento no podría haber sido peor.

—Mamá, ¿has recibido una mala noticia? ¿Matt está bien?

—Matt está bien, yo estoy bien. En realidad, he recibido una buena noticia.

—¿Qué es?

—Estoy embarazada.

Amber se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—No puede ser.

—Pues el test de embarazo dice otra cosa.

—Mamá, eres demasiado mayor para estar embarazada.

—Eso no es verdad —protestó Sara, indignada.

—Ya, bueno, lo que quiero decir es que pensaba que Matt y tú ibais a viajar por todo el mundo, no a formar una familia.

—Y así es. ¿Quieres un café?

—No creo que un café vaya a arreglar esto. Además, ¿deberías beber cafeína? Yo creo que no es bueno.

—Por una taza de café no pasa nada. Y necesito algo.

—¿Cuándo te has enterado? ¿Qué ha dicho Matt?

—Acabo de enterarme, hace media hora. Y Matt no lo sabe todavía.

Y le daba pánico contárselo. Porque lo cambiaría todo. Se preguntó entonces cuánto tiempo podría esperar antes de decírselo. Quería que Matt la abrazase, que la deseara, que la hiciera sentir sexy. Y no podía imaginar eso una vez que estuviera embarazada.

—Vaya —murmuró Amber.

—No me apetece salir a cenar, hija. ¿Quieres que comamos algo aquí?

—Podemos pedir una pizza. Esto es tan raro, mamá. Tú embarazada... Voy a tener un hermano o una hermana. Siempre

había querido uno, pero no tan tarde.

—Pues así es —replicó Sara, irritada por la actitud de su hija.

—Oye, que a mí me parece genial —dijo Amber entonces, abrazándola—. Perdona, es que me he quedado un poco sorprendida.

Sara le devolvió el abrazo. Necesitaba que alguien la apoyase. ¿Qué diría Matt?

—Mamá, tienes que animarte. ¿Tienes algún antojo? Podemos pedir pizza con pepinillos y fresas con nata si te apetece.

Sara tuvo que reír, aunque tenía el corazón encogido.

—No, aún no tengo antojos. Vamos a pedir una pizza normal.

Matt tomó su maleta de la cinta y se dirigió a la salida del aeropuerto. Estaba agotado, pero deseando llegar a casa. Los dos días se habían convertido en una semana y echaba de menos a Sara.

No quería oír su voz, quería verla, estar a su lado, abrazarla, verla reír.

Cuando entraba en el coche, tomó una decisión. Insistiría en que dejara su trabajo.

Habían hablado de viajar juntos, de ser felices juntos y quería que empezasen a hacerlo en el siguiente viaje. No quería volver a viajar sin ella.

Él entendía la lealtad y la admiraba por no querer dejar a su jefe en la estacada, pero no había razón para no irse cuando terminase el plazo de las declaraciones. Y el plazo terminaba el dieciséis de abril.

¿Tenía miedo de que no pudiera mantenerla? Quizá deberían hablar francamente sobre sus finanzas. Quizá si Sara entendía que no debía preocuparse por el dinero, tendría menos problemas para dejar su trabajo.

Mientras tanto, él intentaría quedarse en San Francisco y quizá comprobar personalmente cómo iba el entrenamiento de los nuevos empleados. El joven que había ido con él a Estocolmo era rápido y eficiente, pero tenía ciertos problemas con algunos aspectos diplomáticos de la empresa.

Después de un tiempo, viajar se convertía en una rutina, como ellos descubrirían enseguida. Pronto lo habrían visto todo, varias veces.

Ir con Sara hacía que todo le pareciese nuevo. Nuevo, diferente,

más emocionante.

Quería enseñarle el mundo entero.

Estuvo a punto de llamarla desde el coche, pero estaba harto de teléfonos. Estaría en casa en menos de media hora. Como no tenía que volver a marcharse, se podían dedicar a la mudanza y a decorar el apartamento que sería su hogar.

Cuando abrió la puerta del apartamento unos minutos después, Matt se detuvo un momento, respirando el aroma de Sara, que estaba por toda la casa. La fatiga había desaparecido por completo. Deseaba a su mujer.

—¿Sara?

—¿Matt? —Sara apareció en la puerta de la cocina, radiante.

—¡Qué alegría verte!

Matt la abrazó, buscando sus labios como si llevaran un año sin verse.

—Pensé que llamarías desde el aeropuerto —dijo ella, cuando pudo hablar.

—Una llamada de teléfono no es lo mismo que esto —contestó Matt, besándola de nuevo.

—La cena estará lista en veinte minutos. No sabía si el vuelo llegaría a su hora o no.

—He llegado a mi hora y aquí estoy. ¿Qué hay de cena? Huele muy bien.

—Ternera en salsa. ¿Te gusta?

—No conozco una carne que no me guste.

Ella rió, tocando su brazo, como para asegurarse de que estaba allí.

—Y seguro que tú has probado carnes de las que yo no sé nada.

—No sé yo.

—¿Estás cansado? —preguntó Sara.

—Un poco. Pero esta noche dormiré ocho horas.

Mientras terminaba de preparar la cena, Matt la miraba, encantado. Siempre le habían gustado las mujeres, algunas más que otras. Pero ninguna lo deleitaba como Sara.

… en casa durante algún tiempo?

—¿Eh? Perdona estaba distraído.

—Quería saber si vas a estar en San Francisco unos días.

—Sí, espero que sí. ¿Has terminado de guardar tus cosas?

—No del todo, pero casi. Hay tantas... Hay cosas con las que no sé qué hacer, pero me da pena tirarlas. Por supuesto, hay cosas que Amber no quiere, pero tampoco sabe qué hacer con ellas.

—Si Jimmy va a tener que ir de un lado a otro no creo que quieran cargar con cientos de cajas.

—No, en realidad, piensa dejar el ejército. Sólo le queda un año, creo.

Matt tomó un sorbo de café, intentando descifrar si había algún cambio en Sara. No podría decir qué era en realidad, pero parecía estar evitando su mirada.

Estaba ocupada haciendo la cena, se dijo a sí mismo. No podía estar mirándolo todo el tiempo. Aunque debía admitir que no le importaría.

—¿Has hablado con tu jefe para decirle que te vas?

—No, aún no.

—¿Cuándo, Sara?

—Ya te he dicho que no puedo marcharme en este momento.

—Estamos a finales de marzo. Podrías decirle que te vas el dieciséis de abril.

Aquella vez no imaginó su vacilación.

—Es complicado —dijo Sara.

—No, no lo es. Escribe tu carta de dimisión y ya está.

Ella no dijo nada.

—A menos que no quieras hacerlo, claro.

—Quiero hacerlo.

—Habíamos hecho planes, Sara. ¿No te acuerdas? Dijiste que dejarías tu trabajo, que viajarías conmigo. Por ahora, estoy viajando solo.

¿Querría otra cosa de él? Él nunca había tenido una relación larga con una mujer.

Sara era tan diferente a las otras chicas con las que solía salir... Quizá no estaba dándole lo que ella deseaba.

—Vamos a cenar.

—Quiero una respuesta.

—Ya te he dicho que es complicado, pero podemos hablar después de cenar.

—¡No, ahora! ¿Qué pasa, Sara? Pensé que te gustaba Londres. ¿No quieres dejar a Amber, no quieres irte de San Francisco? ¿Qué

es lo que pasa? Tengo dinero suficiente para cuidar de ti durante toda la vida, no tienes que preocuparte por eso.

Podemos hablar de ello más tarde si quieres estar segura del todo...

—No es eso, Matt. Pero creo que yo también debería contribuir económicamente. No quiero ser una carga para nadie.

—Cariño, tú nunca podrías ser una carga para mí —suspiró Matt —. Pero si quieres trabajar a tiempo parcial... No quiero que te sientas dependiente, sólo quiero que vayas conmigo a todas partes. Vamos a explorar mientras podamos, vamos a ver los países con los que la mayoría de los americanos sólo pueden soñar. Iremos a Nepal, recorreremos el Nilo, subiremos a los Dolomitas...

Y entonces Sara se puso a llorar.

Matt se quedó helado.

—¿Sara? ¿Qué pasa, cariño? —preguntó, tomándola entre sus brazos.

—Me encantaría hacer todo eso, Matt —contestó ella, entre sollozos—. Pero no podría recorrer el Nilo porque me pondría enferma. Y me gustaría ir a Nepal y escalar los Dolomitas, pero en unos meses no podré hacer nada de eso.

—¿De qué estas hablando?

—Estoy embarazada, Matt.

Él la miró, como si no entendiera. ¿Sara embarazada? Pero si habían usado preservativo. En todas las ocasiones.

—¿Cómo? —preguntó.

—No lo sé. Quizá se rompió algún preservativo. No lo sé.

—Sara, mírame. ¿Cuándo te has enterado? ¿Estás segura?

Ella se encogió de hombros.

—Me hice un test de embarazo el jueves pasado y dio positivo.

—Dios mío —murmuró él, soltándola.

No había planeado ser padre. No quería ser padre. Ni siquiera había querido casarse hasta que conoció a Sara. Y por mucho que lo intentase, no podía imaginarse a sí mismo con un niño. A él le gustaba viajar, le gustaba conocer sitios nuevos, tener nuevas experiencias.

—Tú no quieres tener un hijo, ¿verdad? —preguntó Sara.

—No pensaba tenerlo, no —contestó él—. Me costará acostumbrarme a la idea. Nunca pensé que tendría hijos.

—Pues yo creo que serías un buen padre.

—¿Por qué? ¿Porque soy un hombre?

—No, porque eres inteligente, leal, honesto.

—Yo no sé nada de niños.

—Los padres nunca saben nada. Y los niños no vienen con un libro de instrucciones.

Pero tendremos que hacerlo lo mejor posible.

—No sé... me cuesta aceptar la idea —murmuró Matt.

Pensaba en su tío, que nunca supo cómo hablar con un niño. En lo difícil que era para Matt hablar con él.

Su tío no celebraba las navidades, ni los cumpleaños. Nunca fue a ver las funciones teatrales que hacían en el colegio, ni a verlo jugar al fútbol en el instituto.

Sería un padre perfecto si hiciera todo lo que su tío no había hecho.

—¿Quieres cenar? —preguntó Sara.

Cenar era lo último que le apetecía en aquel momento, pero debía comer algo. Iba a necesitar toda su energía para hacerse a la idea de que iba a ser padre.

—Vamos a comer, sí —murmuró, sin mirar a Sara.

Nada iba como había esperado, pensaba. La ternera estaba deliciosa seguramente, pero a él le sabía a cartón.

—¿Cuándo nacerá el niño?

—No lo sé, probablemente en noviembre.

Matt se percató entonces de que tampoco ella estaba comiendo nada.

—Come, mujer. Ahora tienes que comer por dos.

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas. Maldita sea, pensó Matt, no había querido hacerla llorar.

—Ya nos las arreglaremos, no te preocupes..

—¿Aceptarán niños en el nuevo apartamento?

—No tengo ni idea, pero llamaré para comprobarlo. Ese tema no salió en la conversación, si no recuerdo mal.

—Ese tema no ha salido nunca, si no recuerdo mal —replicó Sara, levantándose.

Nunca habían hablado del tema. Eso era innegable.

CAPÍTULO 7

MATT limpió la mesa y guardó los platos en el lavavajillas antes de ir al dormitorio para hablar con su mujer. Seguía atónito por la noticia. Y por los cambios que llevaría el niño a sus vidas.

Agotado, se preguntó si podría encontrar un argumento para... ¿para qué? El niño estaba allí. Ahora sólo les quedaba decidir cómo iban a criarlo.

Sara estaba en el baño cuando entró en la habitación y la puerta estaba cerrada. Matt se sentó en la cama y esperó. Y esperó, preguntándose qué estaría haciendo. Quizá si apoyaba la cabeza en la almohada un momento... Había sido un día muy largo...

Pero nada más apoyar la cabeza en la almohada se quedó dormido.

Sara salió del baño unos minutos después. Darse un baño caliente la había animado.

Ya no se sentía tan frágil, tan asustada. Tenían que hablar, eso desde luego. No estaba de humor para encuentros románticos, por mucho que lo hubiera echado de menos.

Pero al verlo dormido con el traje puesto se le encogió el corazón. Debía estar exhausto el pobre.

Con la espera en los aeropuertos, las horas de vuelo, los viajes largos a veces se convertían en una pesadilla.

Sara le quitó los zapatos y le cubrió con una manta. Después, apagó las luces y se metió en la cama, a su lado.

El regreso de Matt no había sido como ella había esperado, desde luego.

Matt despertó solo, con el traje puesto, y tuvo que parpadear un momento para saber dónde estaba. Cuando se volvió vio la huella de la cabeza de Sara en la almohada, pero ella no estaba allí.

Cuando miró su reloj comprobó que eran más de las nueve. Evidentemente, Sara debía de haberse ido a trabajar.

Matt se incorporó con cierta dificultad. Era demasiado viejo como para levantarse de un salto después de un viaje transatlántico.

A mediodía compartió una rápida comida con sus compañeros en la oficina de Tony, y después Dex y él volvieron a su propia oficina.

—¿Necesitas ayuda para la mudanza? —le preguntó Dex.

—Es posible. ¿Sigues teniendo la camioneta?

—Claro. Podemos pedirle a alguno de los chicos que nos echen una mano.

Matt asintió, mirando la calle desde su ventana.

—¿Pasa algo? —preguntó Dexter—. Llevas todo el día preocupado. ¿Ha pasado algo en Estocolmo?

—No, no es eso. Es que voy a ser padre.

—¿Qué? ¡Lo dirás de broma!

—No, Sara me lo contó anoche.

—Pero pensé...

—Ya, yo también. Llevo semanas insistiendo en que dejase el trabajo para que pudiéramos viajar juntos y ahora... ¿qué voy a hacer?

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. Me gustaría ir con mi mujer a París, A Roma, a Hong Kong. ¿Me imaginas cambiando pañales o llevando a mi hijo a los partidos de la liguilla?

—En una casita a las afueras, con un monovolumen —rió Dexter.

—Me alegro de que te haga tanta gracia. Anda, vete, tengo cosas que hacer.

—Oye, que no pasa nada. Millones de hombres tienen hijos todos los años.

—Yo no soy uno de ellos.

—No puede ser tan malo. Mira a Sam Bond.

—¿Quién?

—¿No te acuerdas de Sambo, de la universidad?

—Ah, claro.

—Se casó nada más terminar la carrera y tiene tres hijos. Me manda una tarjeta todas las navidades y la del año pasado era una foto familiar. Si él puede hacerlo, tú también.

—Él no viaja tanto como yo. Además, Sambo venía de una familia normal y supongo que sabría qué hacer.

—Pues tú tendrás que aprender... Eh, voy a ser tío.

Matt lo fulminó con la mirada y Dexter levantó las manos.

—Oye, amigo, que me alegro mucho, de verdad.

—Vete de aquí, tengo trabajo —suspiró Matt, sentándose frente

a su escritorio.

Esperó hasta que Dex salió del despacho y volvió a la ventana. No podía concentrarse en nada. Sólo podía pensar en el niño.

Su infancia había sido menos que perfecta. ¿Qué sabía él de criar a un niño?

Frustrado, se marchó a casa. Quería llegar antes de que lo hiciera Sara. Tenían que hablar.

Sara echó mano de su profesionalidad para soportar el día sin gritarle a nadie. Estaba desilusionada por la reacción de Matt. Lo entendía, pero secretamente había esperado que se mostrase un poco más feliz.

Y el espectro de que la abandonase seguía rondando su cabeza.

Su secretaria entró en el despacho a media tarde y cerró la puerta.

—Bueno, a ver, ¿vas a contarme qué te pasa o no?

—¿Por qué crees que me pasa algo?

—Me has pedido que archive la misma carpeta dos veces. Eso no había pasado nunca.

Estás completamente despistada.

Sara dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón, Stacey. Estoy embarazada.

—¡Madre mía! ¿Piensas decírselo al jefe?

Sara negó con la cabeza. No sabía qué iba a hacer con respecto a nada. Especialmente con Matt.

—¿Estás enfadada? —preguntó su secretaria.

—¿Eh?

—¿Estás disgustada, irritada, culpas a tu marido?

—Estoy contenta, claro.

—¿Y él?

—La noticia lo ha pillado por sorpresa.

—Y a ti también, supongo. ¿Esto significa que ese pedazo de marido tuyo ya no viajará tanto?

—No lo sé. Llegó anoche de Estocolmo y no sabía nada. La verdad es que no tuvimos mucho tiempo para hablar, estaba agotado.

—Pero no hay ningún problema, ¿no?

—No. ¿Por qué iba a haberlo?

—Bueno, no te ofendas, jefa, pero ya no eres una jovencita.

—Tampoco soy vieja —replicó Sara, irritada. ¿Pensarían sus amigas lo mismo, que era demasiado vieja para tener un niño? Amber se había quedado de piedra. ¿Qué dirían Allie y Marian?, se preguntó, pensando en sus dos mejores amigas. Pero daba igual lo que dijeran. El único que debía importarle era Matt.

Matt estaba en casa cuando llegó. Y nada más abrir la puerta la tomó por la cinturaa

—Te he echado de menos. El día no parecía terminar nunca.

Sara le echó los brazos al cuello y el tiempo se detuvo. Las preocupaciones desaparecieron mientras se besaban.

—¿Quieres cenar?

—Más tarde —contestó él.

—Matt, ¿estás de acuerdo con esto? —preguntó Sara entonces.

—Estoy despierto, he dormido bien y puedo asimilar la noticia. Sí, me parece bien.

Podemos hablar más tarde, pero ahora quiero tocarte, saborearte, hacerte el amor

—dijo él, sin dejar de besarla, desabrochando a toda prisa los botones de su blusa.

A la mañana siguiente los dos tenían prisa por ir a trabajar. Prometiendo que volverían temprano a casa, se despidieron. Tenían cosas que discutir, pero habría tiempo por la noche.

Para cenar, Matt llevó comida china. Sabía que a Sara le gustaba y no quería que tuviera que distraerse cocinando.

Ella llegó unos minutos después. Era buena señal que hubieran llegado al mismo tiempo, ¿no?

—Ah, comida china, qué bien. Voy a cambiarme de ropa, enseguida vuelvo.

Matt estuvo a punto de seguirla, pero decidió no hacerlo. Otra noche haciendo el amor sólo serviría para perder el tiempo. Tenían que hablar y no podían esperar más.

Ya habría tiempo para eso después.

Sara volvió enseguida, con vaqueros y un jersey de color mantequilla. Descalza, entró en la cocina y empezó a servir la cena.

—¡Qué bien huele!

—¿Cómo van las cosas en el trabajo? —preguntó Matt.

—Estamos hasta arriba —contestó ella—. ¿Y tú? Seguro que Tony y Dex están contentos de que hayas vuelto.

—Se las apañan bien sin mí, pero sí, creo que se alegran de que haya vuelto. Observar al nuevo ejecutivo en Estocolmo me ha abierto los ojos, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Es un tipo estupendo, pero creo que debemos ampliar el entrenamiento.

—¿Tú te encargas de entrenarlos?

—No, pero superviso el aprendizaje. Josh es el encargado de entrenar a los nuevos ejecutivos, pero me parece que no viaja con ellos lo suficiente. Es todo teoría y eso no sirve.

Sara asintió con la cabeza.

—Por cierto, Dex se ha ofrecido a ayudarnos con la mudanza. O podemos contratar una empresa, lo que tú quieras.

—¿Te has enterado de si permiten que haya niños en el nuevo apartamento?

—He llamado al administrador esta mañana. No hay ningún problema, pero ahora la habitación de invitados tendrá que ser la del niño. No habrá sitio para Amber y Jimmy.

Sara tragó saliva.

—Ya, claro.

—Sara, ¿estás segura de que lo vamos a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Yo no seré un buen padre. No tengo experiencia, ni siquiera crecí con una familia normal. No he tratado con niños desde que yo mismo lo era. Esto no es para mí.

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé. Me ha pillado por sorpresa. No sé qué hacer.

Sara se dejó caer sobre la silla.

—Nadie tiene experiencia como padre hasta que lo es.

—Pero la mayoría de la gente tiene experiencia siendo “hijo” de alguien, yo no. Mi tío Frank se hizo cargo de mí cuando murieron mis padres y si él era un buen ejemplo, este mundo tiene un serio problema.

—Pues debió hacer algo bien porque tú eres un hombre maravilloso.

Matt se encogió de hombros. Él creía que todo lo que había conseguido en la vida lo había conseguido por sí mismo. Desde luego, no era el resultado de la educación que le había dado su tío

Frank.

—Frank era soltero y no tenía ni idea.

—Pero se ocupó de ti.

—No le quedó más remedio. Los padres de mi madre no querían criar a un niño y los de mi padre estaban divorciados. Uno vivía en una costa y el otro en otra. Mi abuela había vuelto a casarse con un hombre que...

Matt no terminó la frase. Había vuelto a casarse con un hombre que viajaba todo el tiempo y no quería quedarse en casa con su nieto.

De niño, Matt había sentido un gran resentimiento, pero quería lo mismo para Sara.

Quería que fuera con él, que no se quedara en casa cuidando de un niño que no habían planeado tener.

—¿Que no quería tener niños?

—Algo así. Tienes que entender que yo no sería un buen modelo para un niño, Sara.

—Ya, pero esto no es algo que uno pueda devolver a la tienda, Matt. Yo tampoco estoy saltando de alegría, pero ha pasado. ¡Y me da mucha pena un niño al que no quieren ni su padre ni su madre! —exclamó, saliendo de la cocina como una tromba.

Matt la oyó llorar, pero no podía moverse. Menudo legado para un hijo...

Sólo tenía que acostumbrarse a la situación, pensaba. La mayoría de las parejas tenían niños y Sara tenía razón, no podían devolverlo. Durante el resto de su vida, iba a ser padre.

Y nunca, jamás, le haría sentir a su hijo que no era un niño querido. Él sabía de primera mano lo que era eso.

Sara no podía dejar de llorar. No sabía qué hacer. Poco a poco, empezaba a notar los sutiles cambios en su cuerpo. Un día, tendría a su hijo o su hija en los brazos, le cantaría nanas, lo acunaría, lo amaría.

¿Estaría Matt con ella? ¿O se habría marchado para entonces, convencido de que sería un mal padre?

Oyó que sonaba el teléfono, pero no se movió. Matt estaba en casa, que contestara él.

Poco a poco dejó de llorar. Estaba exhausta, incapaz de levantarse, incapaz de moverse. Debería ir a lavarse la cara, pero no

podía.

Había cerrado los ojos cuando Matt llamó a la puerta y el sonido le rompió el corazón. Aquélla era su casa, su dormitorio, no tenía por qué llamar.

—¿Sí?

—Tony y Dex piensan salir a navegar mañana y quieren saber si nos apuntamos.

—No puedo ir —contestó Sara—. He quedado con Amber para recoger el resto de las cosas, pero tú puedes ir si quieres.

—¿Segura?

—Sí, claro.

Pero no era verdad. No quería que la dejara sola. Quería que dijera: “si tú no vas, yo tampoco”.

—Muy bien —murmuró Matt—. ¿Tony? Sara no puede, pero yo sí. ¿A qué hora quedamos?

Sara sintió una rabia totalmente irracional. Le había dicho que podía ir, ¿por qué se enfadaba entonces? Porque quería ser el centro de su universo, pensó. Como él se había convertido en el centro del suyo.

Unos minutos después, con la cara lavada, se reunió con Matt en el saloncito. Él estaba en el sofá, viendo la televisión.

—¿A qué hora has quedado con Amber?

—A las diez. ¿Vendrás a cenar?

—Sí, claro —contestó él, tomándola por la cintura—. ¿Te apetece cocinar o quieres que traiga algo?

—Puedo preparar un asado de carne. Pero lo haré en mi casa porque tarda horas en hacerse.

—En tu antiguo apartamento querrás decir.

—Sí, claro.

—Estaré allí a la hora que me digas —dijo Matt.

Sara sonrió. Era verdad. Aquélla era su casa ahora. Si Matt no la dejaba.

—¿Qué estás viendo?

—El canal de Viajes. Mira, es un programa sobre las mejores playas del mundo.

Incluso en casa anhelaba costas lejanas...

Sara se apoyó en su pecho, mirando las exóticas playas que aparecían en la pantalla.

También a ella le gustaría estar allí. ¿Cómo podía enfadarse con Matt por ser sincero?

No podía enfadarse con él. Lo amaba. No había cambiado en absoluto desde que se conocieron. Era sexy, divertido, dinámico. Le gustaba estar con ella, aunque seguramente no podía ofrecerle tanto como la rubia que apareció un día por allí. Y, sin embargo, parecía satisfecho.

¿O no? Habían hecho tantos planes antes de casarse... Y habían hecho realidad tan pocos.

Por su culpa.

Debería haber dejado su trabajo. Pero si Matt la abandonaba, ¿qué haría?

¿Por qué dejaría un hombre a su familia? Ella nunca entendió que Bill se marchara.

Jamás había vuelto a hablar con ella, jamás intento ver a Amber.

¿Qué pasaría si después de tener el niño Matt la abandona? ¿Qué haría entonces?

Llevaban poco tiempo juntos, pero no podía ni imaginarlo. Sin embargo, los planes de viajar por todo el mundo tendrían que esperar... al menos dieciocho años.

¿Tendría Matt tanta paciencia?

—Deberíamos hacer una fiesta para inaugurar el nuevo apartamento —sugirió.

—¿Y eso?

Sara señaló la pantalla.

—Esa fiesta hawaiana me ha dado la idea. ¿No quieres hacer una fiesta con los amigos?

—Lo que tú digas. ¿Vamos a comprar muchos muebles?

—No muchos —contestó ella. Sobre todo, tendrían que comprar cosas para la habitación del niño, pensó, aunque no lo dijo en voz alta—. Me gusta este sofá y los sillones que hay en mi apartamento.

—Tu antiguo apartamento.

—Bueno, sí.

Sara tomó una decisión entonces. No hablaría demasiado del niño y sería encantadora con él, la esposa perfecta, como si nada hubiera cambiado. Y crearían tantos recuerdos que Matt jamás querría dejarla.

El sábado, mientras intentaban decidir qué hacer con sus cosas,

Sara se vio asaltada por los recuerdos. Pero con la ayuda de Amber consiguió distribuir lo que quería llevarse, lo que iba a tirar y lo que iba a donar a algún albergue.

Sara mantuvo su promesa de ser una compañera agradable y Matt, que había llegado a tiempo para la cena, las animó contándoles anécdotas de sus viajes.

Por el momento, la cosa iba bien.

Antes de volver a casa, Matt miró alrededor.

—Contrataremos una empresa de mudanzas para todo esto. No quiero que te canses.

—Estoy bien.

—Ya, pero mañana te quedas en casa descansando.

Sara tuvo que sonreír. La última vez que se quedaron en casa descansando no descansaron en absoluto.

Sin embargo, en aquella ocasión, Matt hablaba en serio. El domingo le llevó el desayuno a la cama y cuando se levantó insistió en que viera la televisión o leyera un rato. Pero a ella no le apetecía hacer ni lo uno ni lo otro.

—Quiero estar contigo.

—Podríamos alquilar una película.

—¿Quieres ver alguna en especial?

—No sé. ¿Y tú?

—La verdad es que me gustaría salir a dar un paseo. Hace un día muy bonito. Abril es un mes precioso en San Francisco, antes de que aparezca la niebla. Vamos al parque del Golden Gate. Creo que hay unas flores preciosas.

—¿Seguro que no quieres tumbarte un rato? Has trabajado mucho últimamente. Con el niño y eso, pensé que te vendría bien descansar un poco.

Amber le había preguntado el día anterior si él sabía lo del niño porque no lo había mencionado en absoluto. Y aquélla era la primera vez que lo hacía. Y no le gustaba.

Ella no era una inválida y quería hacer algo divertido con su marido.

—Estoy más que descansada.

—Entonces, ¿no necesitas una siesta?

Sara recordó otras “siestas” y tuvo que sonreír. Quizá podría olvidarse del parque y pasar la tarde en los brazos de Matt.

CAPÍTULO 8

LOS DÍAS siguientes pasaron deprisa. Sara no mencionaba al niño delante de Matt y tampoco lo hacía él. Era como un enorme elefante en medio del salón que ninguno parecía ver. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello?

La tensión empezaba a notarse. Ella había aceptado el hecho de que iba a tener un hijo y estaba emocionada. Quería hablar de él, hacer planes, decidir nombres, buscar muebles para su habitación, comprar ositos de peluche. La lista era interminable.

Pero iba de puntillas cuando estaba con Matt. Hablaban del trabajo, de la mudanza.

Incluso dejaron de hablar sobre viajes. Y un miedo terrible atenazaba su corazón cuando pensaba en el futuro.

El miércoles por la tarde, Matt la llamó por teléfono. Sara supo en cuanto oyó su voz que iba a marcharse de viaje. Llamaba para avisarla.

—¿Sara?

—Hola. ¿Vas a llevar la cena a casa?

—¿Qué te apetece?

—¿Pollo a la barbacoa?

—Suena bien. Oye, tengo que irme de viaje mañana. Es un viaje corto, pero tengo que ir.

—¿Dónde?

—A Las Vegas. Parece que hay un problema de seguridad en uno de los casinos. Aún no sé qué clase de problema y tengo que ir a comprobarlo. Pero será sólo un día o dos.

—Yo siempre he querido ir a Las Vegas —dijo Sara.

—Ven conmigo.

—Muy bien, de acuerdo —asintió ella entonces.

—¿Vendrás conmigo? Me voy mañana y no vuelvo hasta el viernes por la noche.

—Podríamos quedarnos el fin de semana y ver un par de espectáculos.

—Muy bien, reservaré dos billetes. Nos vemos en casa.

Matt colgó antes de que ella pudiera decir una palabra. Probablemente, para que no tuviera tiempo de cambiar de opinión.

Sara dejó escapar un suspiro. ¿Qué diría el señor Pepovich? Seguramente se enfadaría, pero le daba igual. Le debía muchos días de vacaciones. Si pudiera, se llevaría trabajo a Las Vegas, pero su empresa prefería conservar las declaraciones de los clientes en la oficina. De modo que la semana siguiente tendría que trabajar las horas que hiciera falta. Sólo quedaba esa semana de plazo para terminar con las declaraciones de Hacienda y las tendría terminadas un día antes del dieciséis. ¿Cómo no iba a aceptar el señor Pepovich?

Pero aquel fin de semana iba a estar con su marido, disfrutando de Las Vegas.

El fin de semana en Las Vegas fue todo lo que Sara había esperado. Nadaron en la lujosa piscina del hotel, vieron dos espectáculos, comieron de todo e hicieron el amor en la suntuosa cama de la suite.

Durante cuatro días, Sara se olvidó de la realidad y disfrutó de la vida como había esperado hacerlo cuando se casó con Matt. Era fabuloso.

Pero el lunes tuvo que volver a la oficina.

—Esta noche llegaré tarde a casa.

—¿Muy tarde? —preguntó Matt.

—Me temo que sí. No me esperes despierto.

Matt la tomó del brazo cuando iba a salir del coche.

—¿Cómo que no te espere despierto? No puedes trabajar hasta tan tarde. Hasta las siete de acuerdo, pero no más.

—Tengo muchísimo trabajo, cariño. Tomarme dos días libres en este momento significa que tengo que trabajar hasta la hora que sea.

—¿Y piensas trabajar hasta medianoche sólo por haberte tomado unos días de vacaciones?

—Tengo que hacerlo. Le prometí al señor Pepovich que lo tendría todo listo el jueves.

—No quiero que trabajes hasta tan tarde —protestó Matt—. Tienes que descansar.

—Tengo que cumplir con mi palabra, cariño. Los clientes dependen de nosotros. De mí. Y no pienso defraudarlos.

—Pero tienes que descansar.

—Agradezco mucho tu preocupación, pero yo soy responsable

de mí misma, Matt.

—¿Y yo? —preguntó él.

—Nos veremos cuando llegue a casa.

Se sentía un poco culpable, pero sólo sería hasta el viernes. Entonces podrían pasar más tiempo juntos.

Podía pedir excedencia durante unos meses para ver lo que habrían podido tener si no se hubiera quedado embarazada. Estaba deseando viajar, visitar los sitios con los que había soñado. O ir a comprar un miércoles, cuando las tiendas no estaban llenas de gente, en lugar de los fines de semana.

Nada más llegar a su despacho se puso a trabajar. Cuanto antes empezase, antes terminaría.

Sara estaba agotada cuando entró en casa. Eran más de las diez.

—¿Has cenado? —preguntó Matt, abrazándola.

—Sí —contestó ella.

—Entonces, vamos a la cama.

En menos de diez minutos, Sara estaba en la cama, profundamente dormida.

El patrón se repitió durante toda la semana, hasta el jueves. ¡Por fin había terminado!

Feliz, Sara envió la última declaración al despacho del señor Pepovich para que la firmase. Estaba exhausta y muerta de sueño, pero lo había conseguido. El viernes se dedicaría a limpiar el despacho y dormiría durante todo el fin de semana.

Y el lunes le diría al señor Pepovich que estaba pensando pedir una excedencia temporal.

Contenta, llamó a Matt a la oficina para decirle que llegaría a casa a la hora de cenar.

—No está —le dijo su secretaria.

—¿Volverá antes de las cinco?

—No, no lo creo. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Soy su mujer. Lo veré en casa.

¿Dónde estaría? En alguna reunión seguramente.

Los problemas de trabajo habían terminado. Ahora podía cenar con él todas las noches, podían charlar, ser la esposa de la que Matt nunca querría separarse.

Matt no era Bill. Tenía que recordar eso.

Pero Matt tampoco era Matt, pensaba Sara el sábado por la

tarde. Parecía distante, extraño.

—¿Quieres que sigamos con las cajas?

—No, tenemos tiempo más que suficiente —contestó él, sin levantar la mirada del periódico.

Pero Sara sabía que no estaba leyendo. Sus ojos parecían a punto de agujerear el papel, pero no se movían.

—¿Te pasa algo?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—¿Dónde?

—No sé... ¿Qué te apetece hacer?

—Podríamos ir al cine.

Sara arrugó la nariz. No le apetecía.

—Sentarme en la oscuridad para ver lo que hacen otras personas no es mi idea de la diversión.

—¿Ah, no? Pensé que estarías cansada.

—No lo estoy. Vamos a hacer algo divertido.

En ese momento sonó el teléfono. Matt contestó y Sara se acercó a la ventana para mirar la bahía de San Francisco. No debería ser tan difícil interesarlo en hacer algo divertido. Se estaban distanciando. Quizá podría sugerir que pasaran el día en la cama... Eso era algo que habría hecho unas semanas antes.

Antes del niño.

¿Iba a perderlo por el niño?

—Sara.

—¿Sí?

—Annie y Tony organizan una barbacoa en su casa. ¿Te apetece ir?

Ella asintió. Al menos saldrían de casa.

La casa de Tony estaba en la parte antigua de la ciudad, una mansión enorme construida después del terremoto de 1906 que había pertenecido a su familia durante generaciones.

Había varias parejas en el jardín, charlando y bebiendo. Sara saludó a Dex, que estaba coqueteando como loco con una rubia y cuando se volvió para comentarlo con Matt, vio que su marido estaba hablando con Tony en voz baja.

—No estaréis hablando de trabajo, ¿verdad?

—No, qué va.

—¡Sara! —la llamó Annie, la esposa de Tony—. Ven, quiero presentarte a mi hermana.

—Espera un momento, Annie. ¿Qué quieres tomar, Sara? —preguntó Tony.

—Un refresco —contestó Matt por ella.

—Ah, claro, por el niño.

—Matt, me alegro de que hayas venido —una rubia de unos veinticinco años pasó a su lado en ese momento, sin detenerse.

—Hola, Melody —la saludó él.

—¿Todos los invitados son de Aste? —preguntó Sara.

—Sí, casi todos —contestó Tony—. Hay un par de vecinos, pero casi todos son de la empresa. Preséntale a la gente, Annie.

—Eso pienso hacer. Ven, Sara, quiero presentarte a Julia antes de seguir saludando a más gente. ¿Estás contenta con lo del niño?

—Claro —contestó ella, intentando sonreír.

—Yo también estoy esperando, pero Tony no quiere que se lo digamos a nadie todavía.

—Ah, qué bien. ¿Es el primero?

Annie asintió.

—El primero. Sólo lo sabe mi hermana.

Media hora después, Sara se preguntaba si debería haber ido. Los compañeros y amigos de Matt eran muy amables con ella, pero en sus ojos veía una pregunta:

"¿Qué ha visto en ella?"

A pesar de que era una barbacoa informal, enseguida las conversaciones empezaron a versar sobre el trabajo y Sara se sentía fuera de lugar. Hasta las chicas más jóvenes parecían tener un genuino interés en la informática y en los sistemas de seguridad.

Después de charlar un rato con Julia, dio un paseo por el jardín, fijándose en lo cuidado que estaba. Intentó imaginar a Matt con un rastrillo, pero era imposible. O

empujando un columpio. Tampoco.

—Hola, soy Margot —la saludó una joven—. Me envía Annie. Yo también estoy embarazada. Es mi segundo hijo, pero estoy tan emocionada como con el primero.

Sara sonrió.

—También es mi segundo hijo. Pero entre los dos hay veinte años de diferencia.

—Pues no sabes cuánto me alegro por Matt. Ya era hora de que formase una familia.

¿Ya habéis elegido el nombre?

—No, todavía no. ¿Y tú?

Margot y su marido habían hecho una lista. Luego le habló de su hijo de dos años, de su marido, Brian, que estaba por ahí, de cómo iba a decorar la habitación del nuevo niño...

—¿Quieres que nos sentemos un rato?

—Sí, claro.

Por fin, hablando con Margot, empezó a sentirse un poco más cómoda. Hablar de niños con otra mujer en su misma situación la hacía sentir feliz.

—¿A qué se dedica tu marido, Margot? —preguntó Sara.

—Trabaja con Matt, pero no sabe tanto como él de ordenadores y tampoco se gana la confianza de los clientes con la misma rapidez.

Siguieron charlando durante un rato y, después, Sara se levantó para hablar con su marido, que estaba con Tony en la barbacoa.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí. Y la comida está riquísima.

—Estábamos pensando salir a navegar mañana —dijo Tony—. El informe del tiempo es muy bueno.

—Yo... no sé, la verdad —empezó a decir ella—. Pero estoy segura de que a Matt le apetece ir.

—¿No te importa? —preguntó su marido.

No era la respuesta que Sara había esperado, desde luego. Pero no dejó de sonreír.

Quería que se quedara con ella el domingo. No quería que hicieran planes por separado...

El domingo por la mañana, cuando Sara despertó, encontró a Matt ya vestido.

—Buenos días.

—¿Ya te vas?

—Sí. ¿Quieres que te haga el desayuno?

—¡No! Estoy perfectamente.

Matt sugirió que pasara el día en la cama y luego se marchó a navegar con sus amigos.

A media mañana, después de descansar todo lo que quería

descansar, Sara dejó una nota indicándole que estaba en su antiguo apartamento guardando cosas en cajas.

Quizá iba a cometer un error al dejar su apartamento, pensó. O quizá no. Quizá ésa fuera una forma de cimentar su relación con Matt. Una forma de demostrarle su confianza.

Nada más llegar a casa, llamó a su hija.

—¿Quieres venir a ayudarme con las cajas?

—Ay, sí, por favor. Llevo una semana estudiando como una loca y necesito un respiro.

—Ah, qué bien —murmuró Sara, distraída—. Si te parece, podemos hacer algo más interesante.

No le gustaba que Matt estuviera pasando el domingo sin ella. ¿Sería aquél un patrón de comportamiento? ¿Era eso lo que debía esperar a partir de aquel momento?

¿El principio del fin?

—No, déjalo. La verdad es que aún no he sacado las cosas de mi armario. ¿Estás con Matt?

—No, ha salido a navegar con unos amigos.

Sara se preguntó si debería confiarle sus dudas a Amber. Su hija era ahora una mujer casada y no tenía por qué esconderle nada. Pero no podía hacerlo, no quería preocuparla.

Amber llegó media hora después, cuando Sara había guardado todos los platos y utensilios de cocina.

—¡Mira lo que traigo! Bollos recién hechos. Y salmón, crema de queso...

—Qué bien. Tengo hambre.

—Es normal, ahora tienes que comer por dos —sonrió su hija—. ¿Dónde están los platos?

¿No me digas que los has guardado?

—Pero no he cerrado la caja.

—¿Con quién ha ido Matt a navegar?

—Con Dexter y Tony.

—¿En el mismo barco en el que fuisteis a Sausalito?

—Sí.

—¿Sólo hombres?

—Pues... no lo sé. Me invitaron, pero la verdad es que no quería ponerme enferma otra vez. Y con las náuseas que tengo por las mañanas...

Entonces recordó las palabras de Dex en la boda: “El play boy más famoso de San Francisco”. Pero Matt no estaba teniendo una aventura con otra mujer, sólo había ido a navegar con sus amigos...

¿O no?

—¿Mamá, te encuentras bien?

—Sí, sí. Es que estaba pensando...

Pensando que se quedaría destrozada sí Matt decidía que ya no le interesaba aquel matrimonio.

—He cambiado de opinión —dijo Amber entonces—. Después de comer, vamos a algún sitio. Hace un día precioso. Podríamos ir al parque del Golden Gate. ¿Qué te parece?

—Muy bien. Dejaremos esto para el fin de semana que viene.

—También podríamos dejarlo todo aquí y empezar de cero, ¿no? —sugirió su hija.

Matt cerró los ojos, dejando que la brisa moviera su pelo. Aquello era lo que le gustaba, sentir la brisa en la cara. Si no le hubieran interesado tanto los ordenadores, habría sido marinero. Pero no, mejor dedicarse a lo que se le daba bien y aprovecharse del barco de Tony cuando tuviera oportunidad.

Aunque cada día tendría menos oportunidades. No podía creer que fuera a ser padre. ¿Qué sabía él de niños?

Lo que sí sabía era que la mayoría de los padres no podían irse a navegar cuando les apetecía. No podían ampliar un viaje porque les apetecía explorar otras ciudades. Y

seguramente tampoco podrían bucear o escalar montañas.

Algunos de los ejecutivos de la empresa estaban casados y tenían niños. Y una hipoteca que pagar, responsabilidades...

Atado durante veinte años. ¿Podría soportarlo?

—Oye, Matt, ponte un rato al timón —dijo Dexter.

Él abrió los ojos.

—¿Por qué?

—Porque yo voy a charlar con la señorita que me ha acompañado.

Tony estaba hablando con su mujer y Josh Pendar, uno de los ejecutivos de la empresa, bromeando con su novia.

Matt deseó haberse quedado en casa. O haber llevado a Sara. Pero seguramente, en su estado, no le apetecería navegar. No le gustó tampoco la primera vez... ¿Quién habría podido imaginar que

estaba embarazada?

Matt había pensado muchas veces comprar un barco. Podrían haber ido a Hawai, a Alaska... Eso, si no decidían irse a vivir a Londres. Pero ahora sería imposible.

Matt miraba el mar, las olas que se agitaban delante de él. Normalmente, navegar lo tranquilizaba, hacía que olvidase los problemas.

Pero no aquel día.

No dejaba de pensar en el futuro, preguntándose qué iba a hacer. Creyó que se casaría con Sara y su vida seguiría siendo la misma, pero con ella. No había sido así.

La realidad estaba cambiando día a día. Y más con el niño que esperaban.

—Oye, Matt, ¿sigues queriendo que te ayudemos con la mudanza? —preguntó Dex.

—No, déjalo —contestó él—. No sé si voy a quedarme con ese apartamento.

CAPÍTULO 9

SARA y Amber lo pasaron bien en el parque Golden Gate, tan tranquilo, con sus paseos llenos de flores. Después de pasar un rato por la tienda de regalos fueron al invernadero para examinar las flores exóticas, pero lo que más le gustó fueron las mariposas. ¿Le gustarían a su hijo las mariposas?

Pasaban las horas y Sara empezaba a sentirse cansada.

—¿Quieres que cenemos en el muelle?

Cuando era pequeña, a Amber le encantaba la sopa de almejas que hacían en el muelle de San Francisco. No la de los restaurantes elegantes, llenos de turistas, sino la que servían en los bares pequeños.

—Me encantaría. Hace siglos que no voy. ¿Quieres llamar a Matt para decirle dónde vamos?

—No sé a qué hora pensaban volver. Depende de dónde hayan ido, claro.

Lo llamó al móvil, pero no tenía cobertura, así que llamó a casa y dejó un mensaje en el contestador, indicándole exactamente dónde estaba el restaurante para que se reuniera con ellas.

—No sé si llegará a tiempo.

—Qué raro, ¿no? —dijo Amber entonces

—¿Qué es raro?

—Que estemos casadas las dos.

—Sí, desde luego es un cambio.

—¿Te he dicho que Jimmy quiere seguir en el ejército? Ayer me llegó otra carta en la que dice que de verdad se lo está pensando. Le gusta ese tipo de vida, pero no sé si a mí me gustaría.

—Bueno, así podrías viajar.

—No, más bien viajaría él y yo me quedaría aquí. Tiene la oportunidad de dejar el ejército en un año y se lo está pensando... ¿por qué no lo deja?

—Tenéis que hablarlo, hija. No creo que vaya a tomar una decisión sin hablarlo contigo.

—¿Quién sabe? A veces creo que no lo conozco tan bien como creía. Ha cambiado mucho desde el instituto.

—Y tú también.

—Pero yo no quiero estar haciendo la maleta continuamente. Me gusta vivir aquí.

—Díselo a Jimmy, cariño. Tiene que saber lo que sientes —dijo Sara, sorprendida por sus propias palabras. Quizá ella debería hacer lo mismo. Quizá debería confiarle sus miedos a Matt.

¿Para qué?, pensó entonces. ¿Para verlos confirmados?

El teléfono sonó cuatro veces antes de que saltara el contestador.

—¿Sara? Soy Matt. Si estás en casa, contesta... ¿No estás? Bueno, ya hemos vuelto.

Vamos a cenar dentro de un rato en casa de Tony. Llámame cuando llegues a casa e iré a buscarte.

Llamó a su apartamento, pero tampoco estaba allí. Quizá estaba de camino y lo llamaría en cinco minutos, pensó.

—¿Viene Sara? —preguntó Tony.

—No lo sé, no está en casa. Volveré a llamarla dentro de un rato.

Lo intentó dos veces más, pero no hubo respuesta y se marchó en cuanto terminaron de cenar. No estaba realmente preocupado porque Sara sabía cuidar de sí misma.

Pero, ¿dónde podía estar a esas horas?

—Lo he pasado muy bien, mamá. Llámame la próxima vez que quieras guardar cosas en cajas —rió Amber.

—No, la próxima vez tenemos que trabajar. No podemos esperar más.

—Bueno, me voy —sonrió su hija, subiendo al autobús—. Te llamo mañana.

Sólo había un par de manzanas hasta su casa y Sara decidió ir paseando. Lo había pasado bien con Amber. Ahora su hija tenía su vida y ella tenía a Matt, pero la echaba de menos. Durante tanto tiempo habían sido las dos solas contra el mundo...

—Tienes que comprarte un móvil —fue el saludo de Matt cuando entró en casa.

—¿Qué?

—Te he llamado varias veces, pero no he podido localizarte.

—Estaba con Amber...

—Lo sé, acabo de oír tu mensaje.

¿Estaba enfadado? Parecía raro.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, claro —contestó Matt—. Pero habría estado mejor si hubieras venido tú.

Sara sonrió.

—Es que me daba miedo marearme otra vez.

—¿Cómo está Amber?

—Bien. Empezamos a guardar cosas en cajas, pero luego decidimos que hacía un día estupendo y fuimos al parque del Golden Gate.

—Podrías haberme llamado al móvil.

—Te llamé, pero no había cobertura.

—Pareces cansada ——dijo Matt, estudiándola.

—Lo estoy. Voy a ducharme y luego me iré a la cama.

Podría estar hablando con un vecino. ¿Por qué no la besaba? ¿Por qué no hacía algo?

—Yo me quedaré un rato leyendo. Buenas noches.

Sara intentó disimular, pero era imposible.

—Matt, tenemos que hablar.

—No, esta noche no.

—Muy bien. Cuando tú quieras —suspiró ella.

Matt asintió con la cabeza.

Matt la llevó a la oficina el lunes por la mañana y le dio un beso largo y apasionado antes de que saliera del coche.

—Nos vemos en casa.

Sara sonrió. Por fin. Había pensado pedirle al señor Pepovich una excedencia temporal sin decírselo a Matt, pero si las cosas iban como había planeado podría contárselo durante la cena. Le encantaría volver a Inglaterra o ir a algún otro país europeo. Le encantaría ir a cualquier sitio con su marido.

Al señor Pepovich no le hizo ninguna gracia lo de la excedencia y amenazó con despedirla. Pero, a pesar del miedo, Sara insistió. No le había dicho a su jefe que estaba embarazada, de modo que no tuvo que darle explicaciones de por qué quería unos meses libres.

Con la promesa de la excedencia a finales de mes, Sara entró en su despacho más contenta. El segundo paso era llamar al administrador del nuevo apartamento para preguntarle si podían mudarse antes de lo previsto.

Pero primero tenía que revisar unos expedientes. Cuando estaba concentrada en el trabajo, Matt la llamó.

—Sara, tengo que irme a Bruselas.

—¡A Bruselas! ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, un par de días. Te llamaré desde allí, me voy ahora mismo al aeropuerto.

Sara se quedó con el teléfono en la mano durante unos segundos. En fin, no podría darle la noticia durante la cena...

Cuando volvió de comer, llamó al administrador del apartamento.

—Aún no me han enviado el contrato firmado —contestó el señor Douglas.

—Pero si yo lo firmé hace dos semanas. Lo firmé y se lo di a mi marido. Supongo que se lo envió al día siguiente. ¿No lo ha recibido?

—No, me temo que no. ¿Tiene usted una copia?

Sara no sabía si Matt tenía copia del contrato o no. Le preguntaría cuando la llamase por la noche.

—Hablaré con él.

—Pero tienen que decírmelo pronto, señora Tucker. Hay otras personas interesadas en el apartamento.

—Mi marido está en Europa. En cuanto hable con él, lo llamaré.

¿Qué había hecho Matt con el contrato?, se preguntó, extrañada. Sara salió temprano de la oficina para estar en casa cuando él llamase. Si tenían la mala suerte de que el contrato se hubiera perdido podrían perder también el apartamento.

Una vez en casa, abrió el cajón del escritorio para ver si había una copia del contrato... y, atónita, descubrió el original., Matt no lo había firmado. El contrato llegó después de que le diera la noticia del embarazo.

Y Matt no lo había firmado.

Sara se dejó caer en el sofá, desolada. ¿Por qué no había firmado el contrato?

Sara esperó hasta las doce para irse a la cama. Matt no había llamado.

Al día siguiente le dijo a su secretaria que le pasara la llamada de su marido aunque estuviera en una reunión. Pero Matt no llamó.

Por la tarde, llamó a Aste para que le dieran el nombre del hotel en el que se alojaba.

Su secretaria no lo sabía, pero le dio el número del banco para el

que estaba trabajando. Desgraciadamente, era medianoche en Bruselas, de modo que tendría que esperar hasta el día siguiente.

Sara se levantó temprano y marcó el número que le habían dado, pero tuvo que dejar un mensaje porque Matt estaba en una reunión importante.

Veinte minutos después, la llamó.

—Sara, ¿ocurre algo? Estoy en una reunión...

—He encontrado el contrato del apartamento en tu escritorio —lo interrumpió ella—. Y el administrador dice que lo necesita de inmediato porque hay otras personas interesadas. ¿Qué pasa, Matt?

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—Tenemos que hablar, pero ahora no es buen momento.

El corazón de Sara se detuvo durante una décima de segundo. Ella había dicho lo mismo el domingo, pero ahora no quería oír lo que él iba a decir. Porque sabía lo que iba a decir.

—¿Y cuándo será buen momento? Lo intenté el domingo, pero tú no quisiste hablar.

¿Pensabas decirme que no ibas a firmar el contrato? He estado guardando todas mis cosas en cajas... ¿Cuándo pensabas decírmelo, el día de la mudanza?

—Mira, no puedo hablar ahora. Te llamaré más tarde.

—¿Cuándo vuelves a San Francisco?

—No lo sé.

Sara apretó el auricular.

—Necesito que me digas algo, Matt.

—Ahora mismo no puedo decirte nada.

No podía decirle nada. Ella lo amaba. Se había casado con él para compartir su vida.

Pero él no podía decirle nada.

Durante los días siguientes, Sara se movía como un autómata. Y Matt no volvió a llamar. Angustiada, el viernes por la tarde llamó a Aste y preguntó por Dex.

—Hola, Sara. ¿Qué tal?

—¿Sabes cuándo vuelve Matt de Bruselas?

—¿No está en casa todavía?

—No que yo sepa.

—Pero si volvió el miércoles... Aunque ahora que lo dices, no lo he visto por la oficina.

Espera, voy a preguntarle a su secretaria —dijo Dexter. Y ella se temió lo peor—. ¿Sara, estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Lo siento, su secretaria está de vacaciones y la secretaria temporal no sabe nada.

Pero supongo que estará a punto de llegar ——dijo Dex, sin poder disimular su perplejidad.

—Ya, claro. Gracias.

¿Por qué no había vuelto Matt a casa?

Fue un fin de semana muy triste. Sara limpió un poco, hizo la colada, fue al supermercado... Intentaba dormir para pasar el tiempo, pero le costaba trabajo conciliar el sueño.

Comprobaba el contestador doce veces al día para ver si Matt había llamado, pero no llamó. No podía haberle pasado, nada. De ser así, alguien se habría puesto en contacto con ella. No, Matt se había ido de su vida. No quería tener un hijo.

Cuando sonó el teléfono el domingo por la noche, Sara contestó con el corazón encogido.

—¿Dígame?

—Soy Dex. ¿Sabes algo de Matt?

—No —contestó ella, decepcionada.

—He hablado con uno de los ejecutivos del banco de Bruselas y me ha dicho que él mismo lo llevó al aeropuerto el miércoles. Tengo gente buscando en Nueva York por si hubiera tenido un accidente o algo así.

—Gracias, Dex.

—Lo encontraremos, Sara.

—Si quiere que lo encontremos.

—¿Qué?

—Nada. Te agradezco mucho que hayas llamado.

Después de colgar, Sara miró alrededor. Nunca se había sentido cómoda en aquel apartamento. O quizá nunca se había sentido cómoda en aquel matrimonio.

El lunes por la mañana, estaba furiosa. ¿Qué clase de hombre era Matt? ¿Cómo podía desaparecer sin decir nada?

Cuando llegó a la oficina, descubrió que su secretaria estaba enferma, justo cuando más la necesitaba. Tenía que dejarlo todo preparado para su excedencia...

¿Excedencia? Ya no tenía sentido pedir excedencia. Si Matt no pensaba volver a casa tendría que trabajar más que antes. Necesitaría dinero para criar a su hijo, para contratar a una niñera...

La idea de volver a ser una madre soltera la angustiaba. Sabía que Amber se había perdido tantas cosas...

¿Querría Matt saber algo de su hijo? ¿O estaría demasiado ocupado salvando los ordenadores del mundo entero como para preocuparse por el niño? En ese momento sonó el teléfono.

—¿Sara? —era Dex.

—¿Sí?

—Ya sé dónde está Matt. De hecho, llamó a la oficina el jueves, pero una de las secretarias temporales olvidó darme el mensaje. Por lo visto, tiene que solucionar unos asuntos familiares, pero ha dicho que llamará a lo largo de la semana. También le dijo a la secretaria que llamase a su mujer, pero está claro que el mensaje se perdió en algún cajón.

—¿Asuntos familiares?

—Eso dijo.

—¿Qué asuntos familiares?

—No tengo ni idea —contestó Dex—. Ya sabes que su tío murió y no tiene más familia, así que no sé a qué se referirá. Siento que te hayas preocupado.

—Al menos, sabemos que no ha tenido un accidente.

—Pero debería haberte llamado.

—Ya, bueno... no habrá tenido tiempo.

—Si vuelve a llamar, te lo diré enseguida.

De modo que Matt al menos había intentado informarla de su nuevo viaje. Pero, ¿por qué no la había llamado a ella?

La preocupación se convirtió en ira. ¿Cómo se atrevía a hacerla pasar por aquello? Si quería separarse, tendrían que sentarse a hablar.

Cuando el teléfono sonó alrededor de las tres, Sara levantó el auricular, de muy mal humor.

—¿Dígame?

—¿Mamá? —era Amber y estaba llorando.

—¿Qué pasa, cariño?

—Mamá, ¿puedes venir a casa? Jimmy ha muerto.

CAPÍTULO 10

SARA le insistía al taxista para que fuera más rápido, pero había mucho tráfico. Si tuviera alas habría ido volando para estar al lado de su hija.

Jimmy muerto. ¿Cómo había podido pasar? Sólo tenía veintiún años. Tenía toda la vida por delante...

Amber debía estar destrozada. Sara prácticamente empujaba el taxi con los pies en su deseo de llegar al lado de su niña.

Interminables minutos después llegó por fin al estudio que Amber había alquilado cerca de la universidad y, unos segundos después, llamaba a la puerta.

Amber abrió, con los ojos arrasados de lágrimas, y se echó en sus brazos.

—Cariño...

Sara había visto que dos hombres se levantaban al verla, pero estaba completamente concentrada en su hija.

—¿Qué ha pasado?

—Ha muerto —sollozó Amber sobre su hombro.

—Señora, sentimos mucho haber traído tan mala noticia —dijo uno de los hombres, vestido de uniforme.

—¿Qué ha pasado? —insistió Sara, apretando a Amber contra su pecho.

—Woodworth y otros tres soldados más murieron cuando un misil impactó sobre su vehículo. Sus restos llegarán a San Francisco dentro de dos días.

—Pero si Jimmy estaba en Alemania. En Alemania no hay guerra.

—No, señora. No estaba en Alemania. Su batallón había sido enviado a una zona de conflicto —contestó el hombre, dándole un sobre—. Aquí está toda la información, la hora de llegada del cuerpo del soldado Woodworth, el nombre de la persona con la que tendrán que hablar para el funeral, los papeles del seguro...

Sara asintió, atónita.

—Si no necesitan nada más...

Había un millón de preguntas que le gustaría hacer. ¿Cómo había muerto? ¿Por qué?

¿Quién lo había enviado a una zona de conflicto y por qué su esposa no había sido informada? ¿Qué iba a hacer su hija el resto de su vida? ¿Quién enviaba a niños a la guerra? ¿Cómo podía pasar aquello?

Pero el hombre de uniforme no tendría respuesta para ninguna de esas preguntas.

—No.

—Permítame expresarle nuestro más sincero pésame.

Cuando se marcharon, Sara ayudó a Amber a sentarse en el sofá.

—Mamá, no me lo puedo creer. Jimmy nunca volverá a casa... Teníamos tantos planes...

—Lo sé, cariño.

—Hay que informar a sus padres, mamá. Pobre Virginia...

Evidentemente, Amber no podía hacerlo. Tendría que hacerlo ella. ¿Había algo peor para una madre que perder a su hijo? Jimmy era hijo único, además. ¿Cómo iba a decírselo? Instintivamente, Sara se llevó una mano al abdomen.

—Llamaré ahora mismo. Tienen que saberlo cuanto antes.

Amber le dio el número y Sara lo marcó con manos temblorosas, recordando cuando su hija y él se conocieron en el instituto, recordando la boda en Lake Tahoe... Jimmy era demasiado joven para morir. Y Amber era demasiado joven para ser viuda.

Deberían tener toda la vida por delante.

Sara preguntó por James y cuando Virginia le dijo que no estaba en casa inventó una supuesta consulta sobre su declaración de Hacienda. No quería darle la noticia cuando estuviera sola y le pidió que la llamaran en cuanto James volviera de la oficina.

Pero iba a ser un trago amargo.

Luego preparó una tila para Amber. Pero no sabía cómo consolarla.

—No sé qué voy hacer —dijo su hija, sin dejar de llorar.

—Iremos paso a paso, cariño.

—Hablé con él la semana pasada... Me dijo que iban a otro sitio durante algún tiempo, pero no me dijo que fuera una zona de conflicto.

—Seguramente no querría preocuparte.

—Pero no hemos tenido tiempo para nada, mamá. No hemos podido hacer casi nada juntos. No pudimos ir de compras, cenar en

un restaurante romántico... Íbamos a hacerlo todo cuando volviera de Alemania. Y ahora ya no lo haremos nunca.

—Lo sé, cariño —Sara haría cualquier cosa por aliviar el dolor de su hija, pero se sentía completamente inútil.

Amber se levantó y empezó a pasear por la habitación. Luego se volvió, poniéndose una mano sobre el abdomen.

—¿Qué voy a hacer mama?

—Dios mío... ¿estás embarazada?

Matt entró en el apartamento agotado, pero convencido de lo que iba a hacer. No sería fácil, pero no tenía alternativa.

—¿Sara?

El silencio le dijo que estaba solo. Había llamado a su oficina desde el aeropuerto, pero nadie la había visto desde las tres y su secretaria estaba enferma.

No había ninguna nota. Por supuesto. Sara no sabía que volvería a casa aquel día. Ni siquiera le habían dicho lo de su visita a Sambo hasta aquella mañana.

Dex se había disculpado mil veces, pero eso no solucionaba nada. ¿Qué habría pensado Sara al no tener noticias suyas?

Si Sambo no viviera en un pueblo montañoso de Virginia la habría llamado desde el móvil, pero allí no había cobertura. Y si la tormenta no hubiera arrancado los postes de teléfono habría podido ponerse en contacto con ella. Y si no hubiera habido una riada que dejó al pueblo patas arriba, no habría tenido que ayudar a los vecinos.

En fin, un desastre.

Creía que Sara conocía su paradero, pero la pobre debía estar preocupadísima.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó en voz alta.

Llamó a Amber, pero saltó el contestador. Y no tenía el número de sus amigas Ally y Marian... Matt buscó su agenda en el cajón del escritorio, pero lo que encontró fue el contrato de alquiler. Tenía que hablar con ella de eso. Debería haberlo hecho antes, pero... había tenido miedo.

No era fácil admitirlo, pero la idea de tener un hijo le daba pánico. Él no podría ser un buen padre.

Volvió a llamar al apartamento de Amber y dejó un mensaje. Sólo quedaba esperar.

Y esperar era algo que no se le daba bien. Volvió a llamar a Amber varias veces, pero no obtuvo respuesta. Y, al final, empezó a preguntarse si Sara se habría jendido, si la abría vuelto a su casa.

Nervioso, Matt decidió ir a comprobarlo. Y cuando llegó allí, vio, sorprendido, que las luces estaban encendidas.

Unos minutos después llamaba al timbre, enfadado. ¿Qué hacía Sara allí?

Cuando ella abrió la puerta, se quedó petrificado al ver su expresión.

—Sara... ¿qué ha pasado?

Su mujer tenía los ojos hinchados de llorar.

—Matt, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

—Oh, Matt, Jimmy ha muerto —sollozó Sara, echándose en sus brazos.

—¿Qué? No lo sabía. ¿Cómo ha ocurrido?

—Nos hemos enterado esta tarde. Es horrible.

—Cuéntamelo todo —dijo Matt, sentándola en el sofá.

—Amber se ha quedado dormida, por fin. Hemos venido a casa porque...

—Porque ésta es tu casa y la de Amber, lo entiendo.

—No sabía dónde estabas —dijo Sara.

—He vuelto esta tarde.

—He tenido que llamar a los padres de Jimmy, Matt. Ha sido horrible... El ejército se lo notificó a Amber, pero yo he tenido que contárselo a sus padres. Es horrible perder un hijo. No sé cómo va a soportarlo Virginia.

—¿Qué ha pasado?

Matt escuchó el relato, perplejo. No entendía dónde estaba Jimmy para morir de esa forma, pero daba igual. El hecho era que el pobre chico había muerto y que su hijastra Amber era viuda con diecinueve años. Los padres de Jimmy habían perdido a su hijo, su esposa estaba destrozada y eso no podía ser bueno para el niño.

Y él no había estado a su lado cuando más lo necesitaba.

—Tengo que lavarme la cara —susurró Sara, levantándose.

Sin saber qué hacer, Matt miró alrededor, nervioso.

Ella volvió poco después, con un jersey sobre los hombros. Parecía helada, asustada, como si aquello hubiera sido un golpe

fatal.

—¿Qué planes tenéis para el funeral?

Sara lo fulminó con la mirada.

—¿No vas a decirme dónde has estado? Llevas una semana sin llamar. ¿Por qué no me has llamado? ¿Y cómo te atreves a volver como si no hubiera pasado nada?

—Tenía cosas que hacer...

—¿Mamá? —Amber apareció en el salón en ese momento—. Hola, Matt.

—Amber, lo siento mucho —dijo él, abrazándola.

Tenía los ojos hinchados. La cría de diecinueve años había desaparecido y se movía como si tuviera ochenta.

—¿No puedes dormir, cariño? —preguntó Sara.

—No.

—¿Quieres que te haga una tila? —preguntó Matt.

—No, sólo quiero estar con mi madre.

—Tienes que tranquilizarte, cariño. Sé que es difícil, pero debes sobreponerte.

Matt se sentía fuera de lugar. Quizá siempre había estado fuera de lugar. Sólo era el hombre que se había casado con Sara.

Entonces miró a Amber, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su madre. Al menos ella había tenido a Sara durante su infancia, no al hombre que lo crió a él. Lo crió, pero no le enseñó lo que era ser parte de una familia.

Matt sintió entonces que aquello era una prueba. Si la pasaba, encontraría su sitio con ellas. Si fracasaba, volvería a estar solo, pero sería peor porque había conocido a Sara y había vista lo que podía ofrecerle la vida.

—No tienes por qué quedarte, Matt.

—Sara, eres mi mujer, claro que debo quedarme.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde has estado hasta ahora?

Matt miró a Amber. Ella estaba mirándolo, pero estaba seguro de que no lo veía.

—Tenía que solucionar un problema.

No podía explicárselo en aquel momento, pero tampoco pensaba irse.

—¿Y no había teléfono?

—No, por eso no pude llamarte. Fui a visitar a un viejo amigo

que vive en un pueblo montañoso de Virginia. Desgraciadamente, allí no hay cobertura para un móvil y una tormenta tiró los postes de teléfono. Pensé que te habían dado mi mensaje.

—Pues no lo hicieron.

—Ahora lo sé.

—No has firmado el contrato del apartamento.

Matt negó con la cabeza.

—¿Quieres que me vaya, mamá? —preguntó Amber.

—No —dijo Sara.

—Quizá sería mejor —dijo Matt al mismo tiempo.

—Mi hija ha perdido a su marido. Y quizá yo he perdido al mío.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que no quieres tener un hijo, Matt.

—Yo nunca he dicho eso. Lo que he dicho es que no me veo como padre. Tampoco me veía casado, pero lo estoy. Y ahora vamos a tener un niño.

—Y estás entusiasmado —dijo Sara, irónica.

—Asustado más bien.

—¿Del niño?

—De no saber criarlo. De no ser un buen padre.

Sara lo estudió atentamente. Parecía sincero.

—Pero he tenido tiempo para pensar en los cambios que traerá ese niño a mi vida. Y no me importa.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Quizá porque he pasado unos días con Sambo y su familia —contestó Matt.

—¿Quién es Sambo?

—Sam Bond, un compañero de la Facultad. Es el único de mis amigos que tiene hijos, pero vive a tres mil millas de aquí. No sé nada de niños, absolutamente nada, Sara.

Pero estoy dispuesto a aprender.

—Yo creo que serías un buen padre ——dijo ella.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo pienso lo mismo —intervino Amber—. Y un abuelo estupendo.

Matt la miró, perplejo.

—¿Estás...?

—Sí. Y ni siquiera pude decírselo a Jimmy —suspiró ella.

—De modo que vas a ser padre y abuelastro al mismo tiempo —sonrió Sara—. Si decides quedarte, claro.

—¿Cómo que si decido quedarme? Claro que voy a quedarme, sólo tenía que arreglar un par de cosas en mi cabeza. Y ya está hecho. He hablado con Dex y Tony esta tarde.

No más viajes hasta el año que viene. Tendremos ese niño juntos.

—¿No más viajes? —repitió Sara—. Pero eso es lo que haces.

—No, es lo que hacía.

—Pensé que no habías firmado el contrato de alquiler porque querías irte a vivir a Londres. Porque querías seguir viviendo como antes de casarte conmigo.

—No lo firmé porque me di cuenta de que necesitaríamos un sitio más grande. Para el niño y para cuando Amber y... su marido nos visitaran. Ahora veo que vamos a necesitar una mansión para acomodar a toda la familia.

—¿A toda la familia?

—Tú, yo, el niño, Amber y su hijo, por supuesto. ¿Dónde va a vivir si no?

Sara se quedó boquiabierta.

—¿Lo dices en serio?

—No puedo vivir con vosotros, no quiero ser una carga —dijo Amber.

—Nos encantaría que vivieras con nosotros —insistió Matt—. De verdad.

Emocionada, ella se levantó.

—Gracias por todo.

—No tienes por qué dármelas.

—Ya, bueno... Voy a intentar dormir un rato.

Cuando Amber desapareció, Sara apretó su mano.

—Gracias, Matt. Gracias por invitarla a vivir con nosotros. Te lo agradeceré siempre.

—Lo he dicho de corazón.

—Lo sé. Y me ha sorprendido.

—¿Porqué?

—Porque pensé que habías venido a decirme que te ibas, que nuestro matrimonio estaba roto.

CAPÍTULO 11

—NUNCA dije que no quisiera el niño, Sara.

—Pero cambiaste por completo cuando te dije que estaba embarazada.

—Porque me pilló por sorpresa.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Nos casamos casi sin conocernos y... pensé que si las cosas no iban como tú esperabas, te marcharías.

—Te lo he dicho muchas veces, yo no soy como tu primer marido. Nunca te dejaría, Sara. ¿Es que no sabes lo importante que eres para mí?

—Pero a ti te encanta viajar. Es lo que más te gusta de tu trabajo.

—Me gusta viajar, pero me gusta mucho más estar contigo. Sería feliz aunque no volviera a salir de San Francisco —sonrió Matt—. Nunca he compartido mi vida con nadie y sólo quiero compartirla contigo. Cuando estaba en Estocolmo, en Bruselas, me di cuenta de que no me interesaban nada esas ciudades si tú no estabas a mi lado.

—Pero yo he pedido una excedencia en el trabajo. Quería ir contigo a todos esos sitios...

Matt la abrazó, emocionado.

—Viajaremos cuando podamos hacerlo. Y todavía podemos pensar en lo de vivir en Londres. Imagínate lo sofisticados que serían nuestros hijos pudiendo visitar Madrid, Bruselas o Tokio.

—¿Hijos? —repitió Sara.

—Claro. No querrás que ese niño se críe solo, ¿no? Yo crecí solo, tú también. Amber también. ¿No es mejor crecer rodeado de hermanos?

—¿Quieres tener más hijos? —preguntó Sara, atónita.

—Te quiero a ti. Y luego sí, me gustaría tener más hijos. Y necesitaremos una casa grande, claro.

—Entonces, no quieres separarte de mí.

—Tú eres más importante que nada en el mundo, Sara. Nunca voy a separarme de ti —musitó Matt, besándola profunda, apasionadamente.

—Matt...

—Dame la oportunidad de demostrártelo. Estamos juntos para siempre, cariño. Quizá nuestra vida no será como la habíamos imaginado, pero tengo la impresión de que va a ser mucho mejor.

—Te quiero, amor mío.

—Y yo a ti, Sara.

—¿De verdad?

—¿Por qué pareces tan sorprendida?

—Porque nunca me lo habías dicho. Dímelo otra vez. Mírame a los ojos y dímelo.

—Te quiero, Sara Tucker —pronunció Matt solemnemente—. ¿Cómo puedes dudar de mi amor?

—No, ya no dudo, cariño —sonrió ella—. Y podemos hacer lo que queramos hasta que esté de ocho meses. Podemos ir donde tú quieras, hacer lo que tú quieras.

—Por el momento, lo que tenemos que hacer es buscar una casa. Y lo de Amber lo he dicho en serio. Me gustaría que viviera con nosotros.

—Gracias, Matt... Esto ha sido tan terrible para ella, tan doloroso. Pero al menos le quedará su hijo... No puedo creer que esté embarazada al mismo tiempo que ella

—dijo Sara.

—Y yo no puedo creer que tenga que acostumbrarme a ser padre y abuelo a la vez. La vida contigo es mucho más emocionante de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Esto va a ser una aventura.

—Nuestra gran aventura.

—Te quiero, amor mío. A ti y a nuestro hijo —dijo Matt.

Sara sonrió. Y esa sonrisa era tan hermosa como la del día de su boda.

Fin.